

LOS JUEGOS DEL HAMBRE

Suzanne Collins

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

Añade encabezados (Formato > Estilos de párrafo) y aparecerán en el índice.

RBA

Primera parte
LOS TRIBUTOS

Cuando me despierto, el otro lado de la cama está frío. Estiro los dedos buscando el calor de Prim, pero no encuentro más que la basta funda de lona del colchón. Seguro que ha tenido pesadillas y se ha metido en la cama de nuestra madre; claro que sí, porque es el día de la cosecha.

Me apoyo en un codo y me levanto un poco; en el dormitorio entra algo de luz, así que puedo verlas. Mi hermana pequeña, Prim, acurrucada a su lado, protegida por el cuerpo de mi madre, las dos con las mejillas pegadas. Mi madre parece más joven cuando duerme; agotada, aunque no tan machacada. La cara de Prim es tan fresca como una gota de agua, tan encantadora como la primula que le da nombre. Mi madre también fue muy guapa hace tiempo, o eso me han dicho.

Sentado sobre las rodillas de Prim, para protegerla, está el gato más feo del mundo: hocico aplastado, media oreja arrancada y ojos del color de un calabacín podrido. Prim le puso *Buttercup* porque, según ella, su pelaje amarillo embarrado tenía el mismo tono de aquella flor, el ranunculo. El gato me odia o, al menos, no confía en mí. Aunque han pasado ya algunos años, creo que todavía recuerda que intenté ahogarlo en un cubo

cuando Prim lo trajo a casa; era un gatito escuálido, con la tripa hinchada por las lombrices y lleno de pulgas. Lo último que yo necesitaba era otra boca que alimentar, pero mi hermana me suplicó mucho, e incluso lloró para que le dejase quedárselo. Al final la cosa salió bien: mi madre le libró de los parásitos, y ahora es un cazador de ratones nato; a veces, hasta caza alguna rata. Como de vez en cuando le echo las entrañas de las presas, ha dejado de bufarme.

Entrañas y nada de bufidos: no habrá más cariño que ése entre nosotros.

Me bajo de la cama y me pongo las botas de cazar; la piel fina y suave se ha adaptado a mis pies. Me pongo también los pantalones y una camisa, meto mi larga trenza oscura en una gorra y tomo la bolsa que utilizo para guardar todo lo que recojo. En la mesa, bajo un cuenco de madera que sirve para protegerlo de ratas y gatos hambrientos, encuentro un perfecto quesito de cabra envuelto en hojas de albahaca. Es un regalo de Prim para el día de la cosecha; cuando salgo me lo meto con cuidado en el bolsillo.

Nuestra parte del Distrito 12, a la que solemos llamar la Veta, está siempre llena a estas horas de mineros del carbón que se dirigen al turno de mañana. Hombres y mujeres de hombros caídos y nudillos hinchados, muchos de los cuales ya ni siquiera intentan limpiarse el polvo de carbón de las uñas rotas y las arrugas de sus rostros hundidos. Sin embargo, hoy las calles manchadas de carboncillo están vacías y las contraventanas de las achaparradas casas grises permanecen cerradas. La cosecha no empieza hasta las dos, así que todos prefieren dormir hasta entonces... si pueden.

Nuestra casa está casi al final de la Veta, solo tengo que dejar atrás unas cuantas puertas para llegar al campo desastrado al que llaman la

Pradera. Lo que separa la Pradera de los bosques y, de hecho, lo que rodea todo el Distrito 12, es una alta alambrada metálica rematada con bucles de alambre de espino. En teoría, se supone que está electrificada las veinticuatro horas para disuadir a los depredadores que viven en los bosques y antes recorren nuestras calles (jaurías de perros salvajes, pumas solitarios y osos). En realidad, como, con suerte, solo tenemos dos o tres horas de electricidad por la noche, no suele ser peligroso tocarla. Aun así, siempre me tomo un instante para escuchar con atención, por si oigo el zumbido que indica que la valla está cargada. En este momento está tan silenciosa como una piedra. Me escondo detrás de un grupo de arbustos, me tumbo boca abajo y me arrastro por debajo de la tira de sesenta centímetros que lleva suelta varios años. La alambrada tiene otros puntos débiles, pero este está tan cerca de casa que casi siempre entro en el bosque por aquí.

En cuanto estoy entre los árboles, recupero un arco y un carcaj de flechas que tenía escondidos en un tronco hueco. Esté o no electrificada, la alambrada ha conseguido mantener a los devoradores de hombres fuera del Distrito 12. Dentro de los bosques, los animales deambulan a sus anchas y existen otros peligros, como las serpientes venenosas, los animales rabiosos y la falta de senderos que seguir. Pero también hay comida, si sabes cómo encontrarla. Mi padre lo sabía y me había enseñado unas cuantas cosas antes de volar en pedazos en la explosión de una mina. No quedó nada de él que pudiéramos enterrar. Yo tenía

once años; cinco años después, muchas noches me sigo despertando gritándole que corra.

Aunque entrar en los bosques es ilegal y la caza furtiva tiene el peor de los castigos, habría más gente que se arriesgaría si tuviera armas. El problema es que hay pocos lo bastante valientes para aventurarse armados con un cuchillo. Mi arco es una rareza que fabricó mi padre, junto con otros similares que guardo bien escondidos en el bosque, envueltos con cuidado en fundas impermeables. Mi padre podría haber ganado bastante dinero vendiéndolos, pero, de haberlo descubierto los funcionarios del Gobierno, lo habrían ejecutado en público por incitar a la rebelión. Casi todos los agentes de la paz hacen la vista gorda con los pocos que cazamos, ya que están tan necesitados de carne fresca como los demás. De hecho, están entre nuestros mejores clientes. Sin embargo, nunca permitirían que alguien armase a la Veta.

En otoño, unas cuantas almas valientes se internan en los bosques para recoger manzanas, aunque sin perder de vista la Pradera, siempre lo bastante cerca para volver corriendo a la seguridad del Distrito 12 si surgen problemas.

—El Distrito 12, donde puedes morirte de hambre sin poner en peligro tu seguridad —murmuro; después miro a mi alrededor rápidamente porque, incluso aquí, en medio de ninguna parte, me preocupa que alguien me escuche.

Cuando era más joven, mataba a mi madre del susto con las cosas que decía sobre el Distrito 12 y la gente que gobierna nuestro país, Panem, desde esa lejana ciudad llamada el Capitolio. Al final comprendí que aquello solo podía causarnos más problemas, así que aprendí a morderme la lengua y ponerme una máscara de indiferencia para que nadie pudiese averiguar lo que estaba pensando. Trabajo en silencio en clase; hago comentarios educados y superficiales en el mercado público;

y me limito a las conversaciones comerciales en el Quemador, que es el mercado negro donde gano casi todo mi dinero. Incluso en casa, donde soy menos simpática, evito entrar en cemas espinosos, como la cosecha, los racionamientos de comida o los Juegos del Hambre. Quizá a Prim se le ocurriera repetir mis palabras y que sean de nosotras entonces?

En los bosques me espera la única persona con la que puedo ser yo misma: Gale. Noto que se me relajan los músculos de la cara, que se me acelera el paso mientras subo por las colinas hasta nuestro lugar de encuentro, un saliente rocoso con vistas al valle. Un matorral de arbustos de bayas lo protege de ojos curiosos. Verlo allí, esperándome, me hace sonreír; nunca sonrío, salvo en los bosques.

—Hola, Catnip —me saluda Gale.

En realidad me llamo Katniss, como la flor acuática a la que Haman saeta, pero, cuando se lo dije por primera vez, mi voz no era más que un susurro, así que creyo que le decía Catnip, la menta de gato. Después, cuando un lince loco empezó a seguirme por los bosques en busca de sobras, se convirtió en mi nombre oficial. Al final tuve que matar al lince porque asustaba a las presas, aunque era tan buena compañía que casi me dio pena. Por otro lado, me pagaron bien por su piel.

—Mira lo que he cazado.

Gale sostiene en alto una hogaza de pan con una flecha clavada en el centro, y yo me río. Es pan de verdad, de panadería, y no las barras planas y densas que hacemos con nuestras raciones de cereales. Lo cojo, saco la flecha y me llevo el agujero de la corteza a la nariz para aspirar una fragancia que me hace la boca agua. El pan bueno como este es para ocasiones especiales.

—Ummm, todavía está caliente —digo. Debe de haber ido a la panadería al despuntar el alba para cambiarlo por otra cosa—. ¿Qué te ha costado?

—Solo una ardilla. Creo que el anciano estaba un poco sentimental esta mañana. Hasta me deseó buena suerte.

—Bueno, todos nos sentimos un poco más unidos hoy, ¿no? —comento, sin molestarme en poner los ojos en blanco—. Prim nos ha dejado un queso —digo, sacándolo.

—Gracias, Prim —exclama Gale, alegrándose con el regalo—. Nos daremos un verdadero festín. —De repente, se pone a imitar el acento del Capitolio y los ademanes de Effie Trinket, la mujer optimista hasta la demencia que viene una vez al año para leer los nombres de la cosecha—. ¡Casi se me olvida! ¡Felices Juegos del Hambre! —Recoge unas cuantas moras de los arbustos que nos rodean—. Y que la suerte... —empieza, lanzándome una mora. La cojo con la boca y rompo la delicada piel con los dientes; la dulce acidez del fruto me estalla en la lengua.

—j... este siempre, siempre de vuestra parte! —concluyó, con el mismo brío.

Tenemos que bromear sobre el tema, porque la alternativa es morir de miedo. Además, el acento del Capitolio es tan afectado que casi todo suena gracioso con él.

Observe a Gale sacar el cuchillo y cortar el pan; podría ser mi hermano: pelo negro liso, piel aceitunada, incluso tenemos los mismos ojos grises. Pero no somos familia, al menos, no cercana. Casi todos los que trabajan en las minas tienen un aspecto similar, como nosotros.

Por eso mi madre y Prim, con su cabello rubio y sus ojos azules, siempre parecen fuera de lugar; porque lo están. Mis abuelos maternos formaban parte de la pequeña clase de comerciantes que sirve a los funcionarios, los agentes de la paz y algún que otro cliente de la Veta. Tengan una botica en la parte más elegante del Distrito 12; como casi nadie puede permitirse pagar un médico, los boticarios son nuestros

sanadores. Mi padre conoció a mi madre gracias a que, cuando iba de caza, a veces recogía hierbas medicinales y se las vendía a la botica para que fabricaran sus remedios. Mi madre tuvo que enamorarse de verdad para abandonar su hogar y meterse en la Veta. Es lo que intento recordar cuando solo veo en ella a una mujer que se quedó sentada, vacía e inaccesible mientras sus hijas se convertían en piel y huesos. Intento perdonarla por mi padre, pero, para ser sincera, no soy de las que perdonan.

Gale unta el suave queso de cabra en las rebanadas de pan y coloca con cuidado una hoja de albahaca en cada una, mientras yo recojo bayas de los arbustos. Nos acomodamos en un rincón de las rocas en el que nadie puede vernos, aunque tenemos una vista muy clara del valle, que está rebosante de vida estival: verduras por recoger, raíces por escarbar y peces irisados a la luz del sol. El día tiene un aspecto glorioso, de cielo azul y brisa fresca; la comida es estupenda, el pan caliente absorbe el queso y las bayas nos estallan en la boca. Todo sería perfecto si realmente fuese un día de fiesta, si este día libre consistiera en vagar por las montañas con Gale para cazar la cena de esta noche. Sin embargo, tendremos que estar en la plaza a las dos con punto para el sorteo de los nombres.

—¿Sabes que? Podríamos hacerlo —dijo Gale en voz baja.

—¿El qué?

—Dejar el distrito, huir y vivir en el bosque. Tu y yo podríamos hacerlo. —No sé cómo responder, la idea es demasiado absurda—. Si nouviésemos tantos niños —añadió él rápidamente.

No son nuestros niños, claro, pero para el caso es lo mismo. Los dos hermanos pequeños de Gale y su hermana, y Prim. Nuestras madres también podrían entrar en el lote, porque cómo iban a sobrevivir sin nosotros? ¿Quién alimentaría esas bocas que siempre piden más? Aunque los dos cazamos todos los días, alguna vez tenemos que cambiar

las presas por manteca de cerdo, cordones de zapatos o lana, así que hay noches en las que nos vamos a la cama con los estómagos vacíos.

—No quiero tener hijos —digo.

—Puede que yo sí, si no viviese aquí.

—Pero vives aquí —le recuerdo, irritada.

—Olvidalo.

La conversación no va bien. ¿Irnos? ¿Cómo iba a dejar a Prim, que es la única persona en el mundo a la que estoy segura de querer? Y Gale está completamente dedicado a su familia. Si no podemos irnos, ¿por qué molestarnos en hablar de eso? Y, aunque lo hiciéramos..., aunque lo hiciéramos..., ¿de dónde ha salido lo de tener hijos? Entre Gale y yo nunca ha habido nada romántico. Cuando nos conocimos, yo era una niña flacucha de doce años y, aunque sólo era dos años mayor, ya parecía un hombre. Nos llevó mucho tiempo hacernos amigos, dejar de regatear en cada intercambio y empezar a ayudarnos mutuamente.

Además, si quiere hijos, Gale no tendrá problemas para encontrar esposa: es guapo, lo bastante fuerte como para trabajar en las minas y capaz de cazar. Por la forma en que las chicas susurran cuando pasa a su lado en el colegio, está claro que lo desean. Me pongo celosa, pero no por lo que la gente pensaría, sino porque no es fácil encontrar buenos compañeros de caza.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto, ya que podemos cazar, pescar o recolectar.

—Vamos a pescar en el lago. Así dejamos las cañas puestas mientras recolectamos en el bosque. Cogéremos algo bueno para la cena.

La cena. Después de la cosecha, se supone que todos tienen que celebrarlo, y mucha gente lo hace, aliviada al saber que sus hijos se han salvado un año más. Sin embargo, al menos dos familias cerrarán las contraventanas y las puertas, e intentarán averiguar cómo sobrevivir a las dolorosas semanas que se avecinan.

Nos va bien; los depredadores no nos hacen caso, porque hoy hay presas más fáciles y sabrosas. A última hora de la mañana tenemos una docena de peces, una bolsa de verduras y, lo mejor de todo, un buen montón de fresas. Descubrí el fresal hace unos años y a Gale se le ocurrió la idea de rodearlo de redes para evitar que se acercaran los animales.

De camino a casa pasamos por el Quemador, el mercado negro que funciona en un almacén abandonado en el que antes se guardaba carbón. Cuando descubrieron un sistema más eficaz que transportaba el carbón directamente de las minas a los trenes, el Quemador fue quedándose con el espacio. Casi todos los negocios están cerrados a estas horas en un día de cosecha, aunque el mercado negro sigue bastante concurrido. Cambiamos fácilmente seis de los peces por pan bueno y los otros dos por sal. Sae la Grasieta, la anciana huesuda que vende cuencos de sopa caliente preparada en un enorme hervidor, nos compra la mitad de las verduras a cambio de un par de trozos de parafina. Puede que nos hubiese ido mejor en otro sitio, pero nos esforzamos por mantener una buena relación con Sae, ya que es la única que siempre está dispuesta a comprar carne de perro salvaje. A pesar de que no los cazamos a propósito, si nos atacan y matamos un par, bueno, la carne es la carne. «Una vez dentro de la sopa, puedo decir que es ternera», dice Sae la Grasieta, guiñando un ojo. En la Veta, nadie le haría ascos a una buena pata de perro salvaje, pero los agentes de la paz que van al Quemador pueden permitirse ser un poquito más exigentes.

Una vez terminados nuestros negocios en el mercado, vamos a la puerta de atrás de la casa del alcalde para vender la mitad de las fresas, porque sabemos que le gustan especialmente y puede permitirse el precio. La hija del alcalde, Madge, nos abre la puerta; está en mi clase del colegio. Podría pensarse que, por ser la hija del alcalde, es una

esnob, pero no, sólo es reservada, igual que yo. Como ninguna de las dos tiene un grupo de amigos, parece que casi siempre acabamos juntas en clase. Durante la comida, en las reuniones, cuando se hacen grupos para las actividades deportivas... Apenas hablamos, lo que nos va bien a las dos.

Hoy ha cambiado su soso uniforme del colegio por un caro vestido blanco, y lleva el pelo rubio recogido con un lazo rosa; la ropa de la cosecha.

—Bonito vestido —dice Gale.

Madge lo mira fijamente, mientras intenta averiguar si se trata de un cumplido de verdad o de una ironía. En realidad, el vestido es bonito, aunque nunca lo habría llevado un dfa normal. Aprieta los labios y sonríe.

—Bueno, tengo que estar guapa por si acabo en el Capitolio, ¿no?

Ahora es Gale el que está desconcertado: ¿lo dice en serio o está tomándole el pelo? Yo creo que es lo segundo.

—Tu no irás al Capitolio —responde Gale con frialdad. Sus ojos se posan en el pequeño adorno circular que lleva en el vestido; es de oro puro, de bella factura; serviría para dar de comer a una familia entera durante varios meses—. ¿Cuántas inscripciones puedes tener? ¿Cinco? Yo ya tenía seis con sólo doce años.

—No es culpa suya —intervengo.

—No, no es culpa de nadie. Las cosas son como son —apostilla Gale.

—Buena suerte, Katniss —dice Madge, con rostro inexpresivo, poniéndome el dinero de las fresas en la mano.

—Lo mismo digo —respondo, y se cierra la puerta.

Caminamos en silencio hacia la Veta. No me gusta que Gale la haya tornado con Madge, pero tiene razón, por supuesto: el sistema de la

cosecha es injusto y los pobres se llevan la peor parte. Te conviertes en elegible para la cosecha cuando cumples los doce años; ese año, tu nombre entra una vez en el sorteo.

A las trece, dos veces; y así hasta que llegas a los dieciocho, último año de elegibilidad, y tu nombre entra con la urna siete veces. El sistema incluye a todos los ciudadanos de los doce distritos de Panem.

Sin embargo, hay gato encerrado. Digamos que eres pobre y te estés muriendo de hambre, como nos pasaba a nosotras. Tienes la posibilidad de añadir tu nombre más veces a cambio de teselas; cada tesela vale por un exiguo suministro anual de cereal y aceite para una persona. También puedes hacer ese intercambio por cada miembro de tu familia, motivo por el que, cuando yo tenía doce años, mi nombre entró cuatro veces en el sorteo, Una porque era lo mínimo, y tres veces más por las teselas para conseguir cereales y aceite para Prim, mi madre y yo. De hecho, he tenido que hacer lo mismo todos los años, y las inscripciones en el sorteo son acumulativas. Por eso, ahora, a los dieciséis años, mi nombre entrará veinte veces en el sorteo de la cosecha. Gale, que tiene dieciocho años y lleva siete años ayudando o alimentando él solo a una familia de cinco, tendrá cuarenta y dos papeletas.

No cuesta entender por qué se enciende con Madge, que nunca ha corrido el peligro de necesitar una tesela. Las probabilidades de que el nombre de la chica salga elegido son muy reducidas si se comparan con las de los que vivimos en la Veta. No es imposible, pero sí poco probable y, aunque las reglas las estableció el Capitolio y no los distritos ni, sin duda, la familia de Madge, es difícil no sentir resentimiento hacia los que no tienen que pedir teselas.

Gale es consciente de que su rabia no debería ir contra Madge.

Algunas veces, cuando estamos en lo más profundo del bosque, lo he oído despotricar contra las teselas, diciendo que no son más que otro instrumento para fomentar la miseria en nuestro distrito, una forma de sembrar el odio entre los trabajadores hambrientos de la Veta y los que no suelen tener problemas de comida, y, así, asegurarse de que nunca confiemos los unos en los otros. «Al Capitolio le viene bien que estemos divididos», me diría, si no hubiese nadie más que yo escuchándolo, si no fuese día de cosecha, si una chica con un alfiler de oro y sin teselas no hubiese hecho lo que seguramente ella consideraba un comentario inofensivo.

Mientras caminamos, lo miro a la cara, todavía ardiendo debajo de su expresión glacial; su ira me parece inútil, aunque no se lo digo. No es que no esté de acuerdo con él, porque lo estoy, pero ¿de qué sirve despotricar contra el Capitolio en medio del bosque? No cambia nada, no hace que la situación sea más justa y no nos llena el estómago. De hecho, asusta a las posibles presas. Sin embargo, lo dejó gritar; mejor hacerlo en el bosque que en el distrito.

Gale y yo nos dividimos el botín, lo que nos deja con dos peces, un par de hogazas de buen pan, verduras, un puñado de fresas, sal, parafina y algo de dinero para cada uno.

—Nos vemos en la plaza —le digo.

—Ponte algo bonito —me responde, sin humor.

En casa, encuentro a mi madre y a mi hermana preparadas para salir. Mi madre lleva un vestido elegante de sus días de boticaria y Prim viste mi primer traje de cosecha: una falda y una blusa con volantes. A ella le queda un poco grande, pero mi madre se lo ha sujetado con alfileres; aun así, la blusa se le sale de Hilda por la parte de atrás.

Me espera una bañera llena de agua caliente. Me restriego para quitarme la tierra y el sudor de los bosques, e incluso me lavo el pelo. Veo, sorprendida, que mi madre me ha sacado uno de sus encantadores

vestidos, una suave cosita azul con zapatos a juego.

—¿Estás segura? —le pregunto, porque intento evitar seguir rechazando su ayuda.

Antes estaba tan enfadada con ella que no le dejaba hacer nada por mi. Sin embargo, se trata de algo especial, porque le da mucho valor a la ropa de su pasado.

—Claro que sí, y también me gustaría recogerte el pelo —me responde. Le dejo secarmelo, trenzarlo y colocarmelo sobre la cabeza. Apenas me reconozco en el espejo agrietado que tenemos apoyado en la pared.

—Estas muy guapa —dice Prim, en un susurro.

—Y no me parezco en nada a mi —respondo.

La abrazo, porque sé que las horas que nos esperan serán terribles para ella. Es su primera cosecha, aunque está lo más segura posible, ya que su nombre solo ha entrado una vez en la urna; no le he dejado pedir ninguna tesela. Sin embargo, está preocupada por mi, le preocupa que ocurra lo inimaginable.

Protejo a Prim de todas las formas que me es posible, pero nada puedo hacer contra la cosecha. La angustia que noto en mi pecho siempre que mi hermana sufre amenaza con asomar a la superficie. Me doy cuenta de que se le ha salido de nuevo la blusa por detrás y me obligó a mantener la calma.

—Arréglate la cola, patito —le digo, poniéndole de nuevo la blusa en su sitio.

—Cuac —responde Prim, soltando una risita.

—Eso lo serás tú —añado, riéndome también; ella es la única que puede hacerme reír así—. Vamos, a comer —digo, ddn- dole un besito rápido en la cabeza.

Decidimos dejar para la comida el pescado y las verduras, que ya se están cocinando en un estofado, y guardamos las fresas y el pan para la noche, diciéndonos que así será algo especial; de modo que bebemos la leche de la cabra de Prim, *Lady*, y nos comemos el pan basto que hacemos con el cereal de la tesela, aunque, de todos modos, nadie tiene mucho apetito.

A la una en punto nos dirigimos a la plaza. La asistencia es obligatoria, a no ser que estés a las puertas de la muerte. Esta noche los funcionarios recorrerán las casas para comprobarlo. Si alguien ha mentido, lo meterán en la cárcel.

Es una verdadera pena que la ceremonia de la cosecha se celebre en la plaza, uno de los pocos lugares agradables del Distrito 12. La plaza está rodeada de tiendas y, en los días de mercado, sobre todo si hace buen tiempo, parece que es fiesta. Sin embargo, hoy, a pesar de los banderines de colores que cuelgan de los edificios, se respira un ambiente de tristeza. Las cámaras de televisión, encaramadas como águilas ratoneras en los tejados, solo sirven para acentuar la sensación.

La gente entra en silencio y ficha; la cosecha también es la oportunidad perfecta para que el Capitolio lleve la cuenta de la población. Conducen a los chicos de entre doce y dieciocho años a las áreas delimitadas con cuerdas y divididas por edades, con los mayores delante y los jóvenes, como Prim, detrás. Los familiares se ponen en

fila alrededor del perímetro, todos cogidos con fuerza de la mano. También hay otros, los que no tienen a nadie que perder o ya no les importa, que se cuelan entre la multitud para apostar por quiénes serán los dos chicos elegidos. Se apuesta por la edad que tendrán, por si serían de la Veta o comerciantes, o por si se derrumban y se echarán a llorar. La mayoría se niega a hacer tratos con los mafiosos, salvo con mucha precaución; esas mismas personas suelen ser informadores, y quién no ha infringido la ley alguna vez? Podrían pegarme un tiro todos los días por dedicarme a la caza furtiva, pero los apetitos de los que están al mando me protegen; no todos pueden decir lo mismo.

En cualquier caso, Gale y yo estamos de acuerdo en que, si pudiéramos escoger entre morir de hambre y morir de un tiro en la cabeza, la bala sería mucho más rápida.

La plaza se va llenando, y se vuelve más claustrofóbica conforme llega la gente. A pesar de su tamaño, no es lo bastante grande para dar cabida a toda la población del Distrito 12, que es de unos ocho mil habitantes. Los que llegan los últimos tienen que quedarse en las calles adyacentes, desde donde podrán ver el acontecimiento en las pantallas, ya que el Estado lo televisa en directo.

Me encuentro de pie, en un grupo de chicos de dieciséis años de la Veta. Intercambiamos tensos saludos con la cabeza y centramos nuestra atención en el escenario provisional que han construido delante del Edificio de Justicia. Allí hay tres sillas, un podio y dos grandes urnas redondas de cristal, una para los chicos y otra para las chicas. Me quedo mirando los trozos de papel

Scanned with
 CamScanner

de la bola de las chicas: veinte de ellos tienen escrito con sumo cuidado el nombre de Katniss Everdeen.

Dos de las tres sillas están ocupadas por el alcalde Undersee (el padre de Madge, un hombre alto de calva incipiente) y Effie Trinket, la acompañante del Distrito 12, recién llegada del Capitolio, con su aterradora sonrisa blanca, el pelo rosáceo y un traje verde primavera. Los dos murmuran entre sí y miran con preocupación el asiento vacío.

Justo cuando el reloj da las dos, el alcalde sube al podio y empieza a leer. Es la misma historia de todos los años, en la que habla de la creación de Panem, el país que se levantó de las cenizas de un lugar antes llamado Norteamérica. Enumera la lista de desastres, las sequías, las tormentas, los incendios, los mares que subieron y se tragaron gran parte de la tierra, y la brutal guerra por hacerse con los pocos recursos que quedaron. El resultado fue Panem, un reluciente Capitolio rodeado por trece distritos, que llevó la paz y la prosperidad a sus ciudadanos. Entonces llegaron los Días Oscuros, la rebelión de los distritos contra el Capitolio. Derrotaron a doce de ellos y aniquilaron al decimotercero. El Tratado de la Traición nos dio unas nuevas leyes para garantizar la paz y, como recordatorio anual de que los Días Oscuros no deben volver a repetirse, nos dio también los Juegos del Hambre.

Las reglas de los Juegos del Hambre son sencillas: en castigo por la rebelión, cada uno de los doce distritos debe entregar a un chico y una chica, llamados tributos, para que participen. Los veinticuatro tributos se encierran en una enorme arena al aire libre en la que puede haber cualquier cosa, desde un desierto abrasador hasta un páramo helado. Una vez dentro, los competidores tienen que luchar a muerte durante un periodo de varias semanas; el que quede vivo, gana.

Coger a los chicos de nuestros distritos y obligarlos a matarse entre ellos mientras los demás observamos; así nos recuerda el Capitolio que

estamos completamente a su merced, y que tendríamos muy pocas posibilidades de sobrevivir a otra rebelión. Da igual las palabras que utilicen, porque el verdadero mensaje queda claro: «Mirad cómo nos llevamos a vuestros hijos y los sacrificamos sin que podáis hacer nada al respecto. Si levantan un solo dedo, os destrozaremos a todos, igual que hicimos con el Distrito 13».

Para que resulte humillante además de una tortura, el Capitolio exige que tratemos los Juegos del Hambre como una festividad, un acontecimiento deportivo en el que los distritos compiten entre sí. Al último tributo vivo se le recompensa con una vida fácil, y su distrito recibe premios, sobre todo comida. El Capitolio regala cereales y aceite al distrito ganador durante todo el año, e incluso algunos manjares como azúcar, mientras el resto de nosotros luchamos por no morir de hambre.

—Es el momento de arrepentirse, y también de dar gracias —recita el alcalde.

Después lee la lista de los habitantes del Distrito 12 que han ganado en anteriores ediciones. En setenta y cuatro años hemos tenido exactamente dos, y solo uno sigue vivo: Haymitch Abernathy, un barrigón de mediana edad que, en estos momentos, aparece berreando algo ininteligible, se tambalea en el escenario y se deja caer sobre la tercera silla. Está borracho, y mucho. La multitud responde con su aplauso protocolario, pero el hombre

está aturdido e intenta darle un gran abrazo a Effie Trinket, que apenas consigue zafarse.

El alcalde parece angustiado. Como todo se televisa en directo, ahora mismo el Distrito 12 es el hazmerreír de Panem, y él lo sabe. Intenta devolver rápidamente la atención a la cosecha presentando a Effie Trinket.

La mujer, tan alegre y vivaracha como siempre, sube a trote ligero al podio y saluda con su habitual:

—¡Felices Juegos del Hambre! ¡Y que la suerte esté siempre, siempre de vuestra parte!

Seguro que su pelo rosa es una peluca, porque tiene los rizos algo torcidos después de su encuentro con Haymitch. Empieza a hablar sobre el honor que supone estar allí, aunque todos saben lo mucho que desea una promoción a un distrito mejor, con ganadores de verdad, en vez de borrachos que te acosan delante de todo el país.

Localizó a Gale entre la multitud, y él me devuelve la mirada con la sombra de una sonrisa en los labios. Para ser una cosecha, al menos estaba resultando un poquito divertida. Pero, de repente, empiezo a pensar en Gale y en las cuarenta y dos veces que aparece su nombre en esa gran bola de cristal, y en cómo la suerte no está siempre de su parte, sobre todo comparado con muchos de los chicos. Y quizá él esté pensando lo mismo sobre mí, porque se pone serio y aparta la vista.

«No te preocupes, hay mil papeletas», desearía poder decirle.

Ha llegado el momento del sorteo. Effie Trinket dice lo de siempre, «las damas primero!», y se acerca a la urna de cristal con los nombres de las chicas. Mete la mano hasta el fondo y saca un trozo de papel. La multitud contiene el aliento, se podía oír un alfiler caer, y yo empiezo a sentir náuseas y a desear desesperadamente que no sea yo, que no sea yo, que no sea yo-

Effie Trinket vuelve al podio, alisa el trozo de papel y lee el

nombre con voz clara; y no soy yo.

Es Primrose Everdeen.

2

Una vez estaba escondida en la rama de un árbol, esperando inmóvil a que apareciese una presa, cuando me quedé dormida y caí al suelo de espaldas desde una altura de tres metros. Fue como si el impacto me dejase sin una chispa de aire en los pulmones, y allí me quedé, luchando por respirar, por respirar, por lo que fuera.

Así me siento ahora. Intento recordar como respirar, no puedo hablar y estoy completamente aturdida, mientras el nombre me rebota en las paredes del cráneo. Alguien me coge del brazo, un chico de la Veta, y creo que quizá haya empezado a caerme y el me haya sujetado.

Tiene que haber un error, esto no puede estar pasando. ¡Prim sólo tenía un boleto entre miles! Sus posibilidades de salir elegida eran tan remotas que ni siquiera me había molestado en preocuparme por ella. ¿Acaso no había hecho todo lo posible? ¿No había cogido yo las teselas y le había impedido hacer lo mismo? Una sola papeleta, una entre miles. La suerte estaba de su parte, del todo, pero no había servido de nada.

En algún punto lejano, oigo a la multitud murmurar con tristeza, como hace siempre que sale elegido un chico de doce; a nadie le parece justo.

. Entonces la veo, con la cara pálida, dando pasitos hacia el escenario, pasando a mi lado, y veo que la blusa se le ha vuelto a salir de la falda por detrás. Es ese detalle, la blusa que forma una colita de pato, lo que me hace volver a la realidad.

—Prim! —El grito estrangulado me sale de la garganta y los músculos vuelven a reaccionar -. ¡Prim!

No me hace falta apartar a la gente, porque los otros chicos me abren paso de inmediato y crean un pasillo directo al escenario. Llegó a ella justo cuando estaba a punto de subir los escalones y la empujó detrás de mí.

—¡Me presento voluntaria! —gritó, con voz ahogada— Me presento voluntaria como tributo!

En el escenario se produce una pequeña conmoción. El Distrito 12 no envía voluntarios desde hace décadas, y el protocolo está un poco oxidado. La regla es que, cuando se saca el nombre de un tributo de la bola, otro chico en edad elegible, si se trata de un chico, u otra chica, si se trata de una chica, puede ofrecerse a ocupar su lugar. En algunos distritos en los que ganar la cosecha se considera un gran honor y la gente está deseando arriesgar la vida, presentarse voluntario es complicado. Sin embargo, en el Distrito 12, donde la palabra tributo y la palabra cadáver son prácticamente sinónimas, los voluntarios han desaparecido casi por completo.

—¡Espléndido! —exclama Effie Trinket—. Pero creo que queda el pequeño detalle de presentar a la ganadora de la cosecha y después pedir voluntarios, y, si aparece uno, entonces. —deja la frase en el aire, insegura.

-¿Qué más da? —interviene el alcalde. Está mirándome con expresión de dolor. Aunque, en realidad, no me conoce, hay un pequeño punto de contacto: soy la chica que le lleva las fresas; la chica con la que puede que su hija haya hablado alguna que otra vez; la chica que, hace cinco años, abrazada a su madre y a su hermana pequeña, recibió de sus manos la medalla al valor. Una medalla por su padre, vaporizado en las minas. ¿Se acordará?—. ¿Qué más da? —repite, en tono brusco—. Deja que suba.

Prim está gritando como una histérica detrás de mí, me rodea con sus delgados bracitos como si fuese un torno.

—¡No, Katniss! ¡No! ¡No puedes ir!

—Prim, suéltame —digo con dureza, porque la situación me altera y no quiero llorar. Cuando emitan la repetición de la cosecha esta noche, todos tomarán nota de mis lágrimas y me marcarán como un objetivo fácil. Un enclenque. No les daré esa satisfacción—. ¡Suéltame!

Noto que alguien tira de ella por detrás, así que me vuelvo y veo a Gale, que levanta a Prim del suelo, mientras ella forcejea en el aire.

—Arriba, Catnip —me dice, intentando que no le falle la voz; después se lleva a Prim con mi madre. Yo me armo de valor y subo los escalones.

—¡Bueno, bravo! —exclama Effie Trinket, llena de entusiasmo—. ¡Este es el espíritu de los Juegos! —Está encantada de ver por fin un poco de acción en su distrito—. ¿Cómo te llamas?

—Katniss Everdeen —respondo, después de tragar saliva.

—Me apuesto los calcetines a que era tu hermana. No que-

que le rebase la gloria, ¿verdad? ¡Vamos a darle un gran aplauso a nuestro último tributo! —canturrea Effie Trinket-

La gente del Distrito 12 siempre podrá sentirse orgullosa de su reacción: nadie aplaude, ni siquiera los que llevan las papeletas de las apuestas, a los que ya no les importa nada. Segura mente es porque me conocen del Quemador o porque conocían a mi padre, o porque han hablado con Prim y a ella es inevitable quererla. Así que, en vez de un aplauso de reconocimiento, me quedo donde estoy, sin moverme, mientras ellos expresan su des. acuerdo de la forma más valiente que saben: el silencio. Un silencio que significa que no estamos de acuerdo, que no lo aprobamos, que todo esto está mal.

Entonces pasa algo inesperado; al menos, yo no lo espero, porque no creo que el Distrito 12 sea un lugar que se preocupe por mí. Sin embargo, algo ha cambiado desde que subí al escenario para ocupar el lugar de Prim, y ahora parece que me he convertido en alguien amado. Primero una persona, después otra y, al final, casi todos los que se encuentran en la multitud se llevan los tres dedos centrales de la mano izquierda a los labios y después me señalan con ellos. Es un gesto antiguo (y rara vez usado) de nuestro distrito que a veces se ve en los funerales es un gesto de dar gracias, de admiración, de despedida a un ser querido.

Ahora sí corro el peligro de llorar, pero, por suerte, Haymitch escoge este preciso momento para acercarse dando traspiés por el escenario y felicitarme.

—¡Miradla, miradla bien! —brama, pasándome un brazo sobre los hombros. Tiene una fuerza sorprendente para estar tan

hecho pedazos—. ¡Me gusta! —El aliento le huele a licor y hace bastante tiempo que no se baña—. Mucho... —No le sale la palabra durante un rato—. ¡Coraje! —exclama, triunfal—. ¡más que vosotros! —Me suelta y se dirige a la parte delantera del escenario—. ¡Más que vosotros! —grita, señalando directamente a la cámara.

¿Se refiere a la audiencia o está tan borracho que es capaz de meterse con el Capitolio? Nunca lo sabré, porque justo cuando abre la boca para seguir, Haymitch se cae del escenario y pierde la conciencia.

Es un asco de hombre, pero me siento agradecida porque, con todas las cámaras fijas en él, tengo el tiempo suficiente para dejar escapar el ruidito ahogado que me bloquea la garganta y recuperarme. Pongo las manos detrás de la espalda y miro hacia delante. Veo las colinas que escalé esta mañana con Gale y, por un momento, añoro algo..., la idea de irnos del distrito..., de vivir en los bosques. Sin embargo sé que hice lo correcto al no huir, porque ¿quién si no se había presentado voluntario en lugar de Prim?

A Haymitch se lo llevan en una Camilla y Effie Trinket intenta volver a poner el espectáculo en marcha.

—¡Qué día tan emocionante! —exclama, mientras manosea su peluca para ponerla en su sitio, ya que se ha torcido notablemente hacia la derecha—. ¡Pero todavía queda más emoción! ¡Ha llegado el momento de elegir a nuestro tributo masculino! —Con la clara intención de contener la precaria situación de su pelo, avanza hacia la bola de los chicos con una mano en la cabeza; después coge la primera papeleta que se encuentra, vuelve

rápidamente al podio y yo ni siquiera tengo tiempo para desear que no lea el nombre de Gale—. Peeta Mellark.

¡Peeta Mellark!

*Oh, no —pienso—. El no».

Porque reconozco su nombre, aunque nunca he hablado directamente con él. Peeta Mellark.

No, sin duda hoy la suerte no está de mi parte.

Lo observo avanzar hacia el escenario; altura media, fornido, cabello rubio ceniza que le cae en ondas sobre la frente. En la cara se le nota la conmoción del momento, se ve que lucha por guardarse sus emociones, pero en sus ojos azules constato la alarma que tan a menudo encuentro en mis presas. De todos modos, sube con paso firme al escenario y ocupa su lugar.

Effie Trinket pide voluntarios; nadie da un paso adelante. Se que tiene dos hermanos mayores, los he visto en la panadería, aunque seguramente a uno se le haya pasado la edad para ofrecerse voluntario, y el otro no lo hará. Es lo normal. El amor fraternal tiene sus límites para casi todo el mundo en el día de la cosecha. Lo que he hecho yo es algo radical.

El alcalde empieza a leer el largo y aburrido Tratado de la Traición, como hace todos los años en este momento (es obligatorio), pero no escucho ni una palabra.

“¿Por qué?” pienso. Después intento convencerme de que no importa, de que Peeta Mellark y yo no somos amigos, ni siquiera somos vecinos y nunca hablamos. Nuestra única interacción real sucedió hace muchos años, y seguro que él ya la ha olvidado; sin embargo, yo no, y se que nunca lo haré.

Fue durante la peor época posible. Mi padre había muerto en un accidente minero hacía tres meses, en el enero más frío que se

recordaba. Ya había pasado el entumecimiento causado por la pérdida, y el dolor me atacaba de repente, hacía que me doblase y que los sollozos me estremeciesen. «¿Dónde estas? —gritaba una voz en mi interior—. ¿A dónde has ido?» Por supuesto, nunca recibí respuesta.

El distrito nos había concedido una pequeña suma de dinero como compensación por su muerte, lo bastante para un mes de luto, después del cual mi madre habría tenido que conseguir un trabajo. El problema fue que no lo hizo. Se limitaba a quedarse sentada en una silla o, lo más habitual, acurrucada debajo de las mantas de la cama, con la mirada perdida. De vez en cuando se movía, se levantaba como si la empujase alguna urgencia, para después quedarse de nuevo inmóvil. No le afectan las súplicas constantes de Prim.

Yo estaba aterrada. Aunque ahora supongo que mi madre se había encerrado en una especie de oscuro mundo de tristeza, en aquel momento solo sabía que había perdido a un padre y a una madre. A los once años, con una hermana de siete, me convertí en la cabeza de familia; no había alternativa. Compraba comida en el mercado, la cocinaba como podía, e intentaba que Prim y yo estuviésemos presentables porque, si se hacía público que mi madre ya no podía cuidarnos, nos habrían enviado al orfanato de la comunidad. Había crecido viendo a aquellos chicos en el colegio: la tristeza, las marcas de bofetadas en la cara, la desesperación que les hundía los hombros. No podía dejar que le pasara a Prim, a la dulce y diminuta Prim, que lloraba cuando yo lloraba sin tan siquiera saber la razón, que cepillaba y trenzaba el

cabello de mi madre antes de irnos al colegio, que seguía limpiando el espejo de afeitarse de mi padre todas las noches porque odiaba la capa de polvo de carbón que siempre cubría la Vera. El orfanato la habría aplastado como a un gusano, así que mantuve en secreto nuestras dificultades.

Al final, el dinero volvió y empezamos a morirnos de hambre poco a poco. No hay otra forma de describirlo. No dejaba de decirme que todo iría bien si podía aguantar hasta mayo, sólo hasta el 8 de mayo, porque entonces cumpliría doce años, y podría pedir las teselas y conseguir aquella valiosa cantidad de cereales y aceite que serviría para alimentarnos. El problema era que quedaban varias semanas y había la posibilidad de que no llegáramos vivas.

Morirse de hambre no era algo infrecuente en el Distrito 12. ¿Quién no ha visto a las víctimas? Ancianos que no pueden trabajar; niños de una familia con demasiadas bocas que alimentar; los heridos en las minas. Todos se arrastran por las calles y, un día, te encuentras con uno de ellos sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared o tirado en la Pradera, oyes gemidos en una casa y los agentes de la paz acuden a llevarse el cadáver. El hambre nunca es la causa oficial de la muerte: siempre se trata de pulmonía, congelación o neumonía, pero eso no engaña a nadie.

La tarde de mi encuentro con Peeta Mellark, la lluvia caía en implacables mantas de agua helada. Había estado en la ciudad intentando cambiar algunas ropas viejas de bebe de Prim en el mercado público, sin mucho éxito. Aunque había ido varias veces al Quemador con mi padre, me asustaba demasiado aventu

ramie sola en aquel lugar duro y mugriento. La lluvia había empapado la chaqueta de cazador de mi padre que llevaba puesta, y yo estaba muerta de frío. Llevábamos tres días comiendo agua hervida con algunas hojas de menta seca que había encontrado en el fondo de un armario; cuando cerró el mercado, temblaba tanto que se me cayó la ropa de bebe en un charco lleno de barro, pero no la recogí porque temía que, si me agachaba, no podría volver a levantarme. Además, nadie quería la ropa.

No podía volver a casa; allí estaban mi madre, con sus ojos sin vida, y mi hermana pequeña, con sus mejillas huecas y sus labios cuarteados. No podía entrar sin esperanza alguna en aquella habitación llena de humo por culpa de las ramas húmedas que había cogido al borde del bosque cuando se nos acabó el carbón para la chimenea.

Me encontré dando tumbos por una calle embarrada, detrás de las tiendas que servían a la gente más acomodada de la ciudad. Los comerciantes viven sobre sus negocios, así que, básicamente, estaban en sus patios. Recuerdo las siluetas de los arriates sin plantar que esperaban al verano, de las cabras en un establo, de un perro empapado atado a un poste, hundido y derrotado en el lodo.

En el Distrito 12 están prohibidos todos los tipos de robo, que se castigan con la muerte. A pesar de eso, se me pasó por la cabeza que quizás encontrara algo en los cubos de basura, ya que para esos habría vía libre. Puede que un hueso en la carnicera o verduras podridas en la verdulería, algo que nadie salvo mi desesperada familia estuviese dispuesto a comer. Por desgracia, acababan de vaciar los cubos.

Cuando pase junto a la panadería, el olor a pan recién hecho era tan intenso que me mató. Los hornos estaban en la parte de atrás y de la puerta abierta de la cocina surgía un resplandor dorado. Me quedé allí, hipnotizada por el calor y el exquisito olor, hasta que la

lluvia interfirió y me metió sus dedos helados por la espalda, obligándome a volver a la realidad. Levante la tapa del cubo de basura de la panadería, y lo encontré completa e inhumanamente vacío.

De repente, alguien empezó a gritarme y, al levantar la cabeza, vi a la mujer del panadero diciendome que me largara, que quería que llamase a los agentes de la paz y que estaba harta de que los mocosos de la Veta escarbaron en su basura. Las palabras eran feas y yo no tenía defensa. Mientras ponía con cuidado la tapa en su sitio y retrocedía, lo vi: un chico de pelo rubio asomándose por detrás de su madre. Lo había visto en el colegio, estaba en mi curso, aunque no sabía su nombre. Se juntaba con los chicos de la ciudad, así que ¿cómo iba a saberlo? Su madre estaba en la panadería, gruñendo, pero él tuvo que haber estado observando como me alejaba por detrás de la pocilga en la que tenía su cerdo y como me apoyaba en el otro lado de un viejo manzano. Por fin me daba cuenta de que no tenía nada que llevar a casa. Me cedieron las rodillas y me dejé caer por el tronco del 2 bol hasta dar con las raíces. Era demasiado, estaba demasiado enferma, débil y cansada, muy cansada.

«Que llamen a los agentes de la paz y nos lleven al orfanato —pensé—. o, mejor todavía, que me muera aquí mismo, bajo la lluvia».

Oí un estrépito en la panadería, los gritos de la mujer de nuevo y el sonido de un golpe, y me pregunté vagamente qué estará pasando. Unos pies se arrastraban por el lodo hacía mi y pensé «Es ella, ha venido a echarme con un palo».

Pero no era ella, era el chico, y en los brazos llevaba dos enormes panes que debían de haberse calado al Riego, porque la corteza estaba ennegrecida.

Su madre le chillaba: «Dádselo al cerdo, cerdo estúpido! ¿Por qué

no? ¡Ninguna persona decente va a comprarme el pan quemado!».

El chico empezó a arrancar las partes quemadas y a tirarlas al comedero; entonces sonó la campanilla de la puerta de la tienda y su madre desapareció en el interior, para atender al cliente.

El chico ni siquiera me miró, aunque yo sí lo miraba a él, por el pan y por el verdugón rojo que le habían dejado en la mejilla. ¿Con que debió haberla golpeado su madre? Mis padres nunca nos pegaban, ni siquiera podía imaginármelo. El chico le echó un vistazo a la panadería, como para comprobar si había moros en la costa, y después, de nuevo atento al cerdo, tiró uno de los panes en mi dirección. El segundo lo siguió poco después y, acto seguido, el muchacho volvió a la panadería arrastrando los pies y cerró la puerta con fuerza.

Me quedé mirando el pan sin poder creérmelo. Eran panes buenos, perfectos en realidad, salvo por las zonas quemadas. ¿Quería que me los llevase yo? Seguro, porque los tenía a mis pies. Antes de que nadie pudiese ver lo que había pasado, me metí! los panes debajo de la camisa, me tapé bien con la chaqueta de cazador y me alejé corriendo. Aunque el calor del pan me quemaba la piel, los agarró con más fuerza, aferrándome a la vida.

Cuando llegué a casa, las hogazas se habían enfriado un poco, pero por dentro seguían calentitas. Las solté en la mesa y las manos de Prim se apresuraron a coger un trozo; sin embargo, la hice sentarse, obligue a mi madre a unirse a nosotras en la mesa y nos sirvieron unas tazas de té caliente. Raspe la parte quemada del pan y lo corté en rebanadas. Nos comimos uno entero, rebanada a rebanada; era un pan bueno y sustancioso, con pasas y nueces.

Puse mi ropa a secar junto a la chimenea, me metí en la cama y disfrute de una noche sin sueños. Hasta el día siguiente no se me ocurrió la posibilidad de que el chico quemara el pan a propósito. Quizá hubiera

soltado las hogazas en las llamas, sabiendo que lo castigaría, para poder dárme las. Sin embargo, lo descarte, seguro que se trataba de un accidente. ¿Por qué iba a hacerlo? Ni siquiera me conocía. En cualquier caso, el simple gesto de tirar el pan fue un acto de enorme amabilidad con el que se habría ganado una paliza de haber sido descubierto. No podía explicarme sus motivos.

Comimos pan para desayunar y fuimos al colegio. Fue como si la primavera hubiese llegado de la noche a la mañana: el aire era dulce y cálido, y había nubes esponjosas. En clase, pasé junto al chico por el pasillo, y vi que se le había hinchado la mejilla y tenía el ojo morado. Estaba con sus amigos y no me hizo caso, pero cuando recogí a Prim para volver a casa por la tarde, lo descubrí mirándome desde el otro lado del patio. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo; después, él volvió la cabeza. Yo bajé la vista, avergonzada, y entonces lo vi: el primer diente de león del año. Se me encendió una bombilla en la cabeza, pensé en las horas pasadas con los bosques con mi padre y supe cómo íbamos a sobrevivir.

Hasta el día de hoy, no he sido capaz de romper la conexión entre este chico, Peeta Mellark, el pan que me dio esperanza y el diente de león que me recordó que no estaba condenada. Más de una vez me he vuelto en el pasillo del colegio y me he encontrado con sus ojos clavados en mí, aunque él siempre aparta la vista rápidamente. Siento como si le debiese algo, y odio deberle cosas a la gente. Quizá debería haberle dado las gracias en algún momento, porque así me sentiría menos confusa. Lo pensé un par de veces, pero nunca parecía ser el momento oportuno, y ya nunca lo será, porque nos van a lanzar a un campo de batalla en el que tendremos que luchar a muerte. ¿Cómo voy a darle las gracias allí? La verdad es que no sonaría sincero, teniendo en cuenta que estaré intentando cortarle el cuello.

El alcalde termina de leer el lúgubre Tratado de la Traición, y nos

indica a Peeta y a mí que nos demos la mano. La suya es consistente y cálida, igual que aquellas hogazas de pan. Me mira a los ojos y me aprieta la mano, como para darme ánimos, aunque quizá no sea más que un espasmo nervioso.

Nos volvemos para mirar a la multitud, mientras suena el himno de Panem.

«En fin —pienso—. Hay veinticuatro chicos, sería mala suerte que tuviese que matarlo yo».

Aunque, últimamente, no hay quien se fie de la suerte.

En cuanto acaba el himno, nos ponen bajo custodia. No quiero decir que nos esposen ni nada de eso, pero un grupo de agentes de la paz nos acompaña hasta la puerta principal del Edificio de Justicia. Quizás algún tributo intentase escapar en el pasado, aunque yo nunca lo he visto.

Una vez dentro, me conducen a una sala y me dejan sola. Es el sitio más lujoso en el que he estado, tiene gruesas alfombras de pelo, sofá y sillones de terciopelo, Se que es terciopelo porque mi madre tiene un vestido con un cuello de esa cosa. Cuando me siento en el sofá, no puedo evitar acariciar la tela una y otra vez; me ayuda a calmarme mientras intento prepararme para la hora que me espera. Ese es el tiempo que se les concede a los tributes para despedirse de sus seres queridos. No puedo dejarme llevar y salir de esta habitación con los ojos hinchados y la nariz roja; no me puedo permitir llorar, porque habrá más cámaras en la estación de tren.

Mi hermana y mi madre entran primero. Extiendo los brazos hacia Prim, y ella se sube a mi regazo y me rodea el cuello con los suyos, apoyando la cabeza en mi hombro, como hacía cuando era un bebe. Mi madre se sienta a mi lado y nos abraza a lai

dos. No hablamos durante unos minutos, pero después empiezo a decirles las cosas que tienen que recordar hacer, ya que yo no estaré para ayudarlas.

Prim no debe coger ninguna tesela. Pueden salir adelante, si tienen cuidado, vendiendo la leche y el queso de la cabra, y siguiendo con la pequeña botica que lleva mi madre para la gente de la Veta. Gale le conseguirá las hierbas que ella no pueda cultivar, aunque tiene que describirlas con precisión, porque no las conoce como yo. También les llevará carne de caza (ya habíamos hecho un pacto al respecto hace un año) y seguramente no les pedirá nada a cambio. Sin embargo, deben agradecerse con algún tipo de canje, como leche o medicinas.

No me molestó en sugerirle a Prim que aprenda a cazar; intenté enseñarle un par de veces y fue un desastre. El bosque la aterra y, siempre que yo le daba a una presa, ella se ponía llorosa y decía que podíamos curarla si llegábamos a tiempo a casa. Por otro lado, le va bien con la cabra, así que me concentré en eso.

Cuando terminó con las instrucciones sobre el combustible, el comercio y terminar el colegio, me vuelvo hacia mi madre y la cojo con fuerza de la mano.

—Escúchame, ¿me estás escuchando? —Ella asiente, asustada por mi intensidad. Tiene que saber lo que le espera—. No puedes volver a irte.

—Lo sé —me responde ella, clavando los ojos en el suelo—. Lo sé, no lo haré. No pude evitar lo que...

—Bueno, pues esta vez tendrás que evitarlo. No puedes desconectarte y dejar sola a Prim, porque yo no estaré para manteneros

con vida. Da igual lo que pase, da igual lo que veas en pantalla.

¡Tienes que prometerme que seguirás luchando!

He levantado tanto la voz que estoy gritando; estoy sacando toda la rabia y el miedo que sentía cuando ella me abandonó.

Estaba enferma—dice mi madre, soltándose; también se ha enfadado—. Podría haberme curado yo misma de haber tenido las medicinas que tengo ahora.

La parte de haber estado enferma es cierta; después he visto como despertaba a personas que sufrían aquella tristeza paralizante. Quizá sea una enfermedad, pero no nos la podemos permitir.

—¡Pues tomalas... y cuida de ella! —le ordenó.

—Todo saldrá bien, Katniss —dice Prim, cogiéndome la cara—. Pero tú también tienes que cuidarte; eres rápida y valiente, quizá puedas ganar.

No puedo ganar; en el fondo, Prim debe de saberlo. La competición está mucho más allá de mis habilidades. Hay chicos de distritos más ricos, donde ganar es un gran honor, que llevan entrenando toda la vida para esto. Chicos que son dos o tres veces más grandes que yo; chicas que conocen veinte formas diferentes de matarte con un cuchillo. Si, también habrá gente como yo, chavales a los que quitarse de en medio antes de que empiece la diversión de verdad.

—Quizá —respondo, porque no puedo decirle a mi madre que luche si yo ya me he rendido. Además, no es propio de mi entregarme sin presentar batalla, aunque los obstáculos parecen insuperables—. Y seremos tan ricas como Haymitch.

—Me da igual que seamos ricas. Solo quiero que vuelvas a

casa. Lo intentarás, ¿verdad? ¿Lo intentarás de verdad de la buena? —me pregunta Prim.

—De verdad de la buena, te lo juro —le digo, y sé que tendré que hacerlo, por ella.

Después aparece el agente de la paz para decirnos que se ha acabado el tiempo, nos abrazamos tan fuerte que duele y lo único que se me ocurre es:

—Os quiero, os quiero a las dos.

Ellas me dicen lo mismo, el agente les ordena que se marchen y cierra la puerta. Escondo la cabeza en uno de los cojines de terciopelo, como si eso pudiese protegerme de todo lo que está pasando.

Alguien más entra en la habitación y, cuando miro, me sorprende ver al panadero, el padre de Peeta Mellark. No puedo creerme que haya venido a visitarme; al fin y al cabo, pronto es tarde intentando matar a su hijo. Pero nos conocemos un poco, y él conoce incluso mejor a Prim, porque, cuando mi hermana vende sus quesos en el Quemador, siempre le guarda dos al panadero y él le da una generosa cantidad de pan a cambio. Es mucho más amable que la bruja de su mujer, así que esperamos a que ella no esté. Seguro que él nunca le habrá pegado a su hijo por el pan quemado como lo hizo ella. En cualquier caso, ¿por qué ha venido a verme?

El panadero se sienta, incómodo, en el borde de una de las lujosas sillas. Es un hombre grande, ancho de hombros, con cicatrices de las quemaduras sufridas en el homo a lo largo de los años. Es probable que acabe de despedirse de su hijo.

Saca un paquete envuelto en papel blanco del bolsillo de la chaqueta y me lo ofrece. Lo abro y encuentro galletas, unas que nosotras nunca podemos permitirnos.

—Gracias —respondo. El panadero no es un hombre muy hablador. En el mejor de los casos, y hoy no tiene absolutamente nada que decirme—. He comido un poco de su pan esta mañana; Mi amigo

Gale le dio una ardilla a cambio. —Él asiente, como si recordase la ardilla—. No ha hecho usted un buen trato.

Se encoge de hombros, como si no le importase nada.

No se me ocurre qué más decir, así que guardamos silencio hasta que lo llama un agente de la paz. El se levanta y tose para aclararse la garganta.

—No perderé de vista a la pequeña. Me asegurare de qt coma.

Siento que al oírlo desaparece parte de la presión que me oprime el pecho. La gente trata conmigo, pero a ella le tienen verdadero cariño. Quizás haya cariño suficiente para mantener la con vida.

Mi siguiente visita también resulta inesperada: Madge viene directa hacia mi. No está llorosa, ni evita hablar del tema, sr que me sorprende con el tono urgente de su voz.

—Te dejan llevar una cosa de tu distrito en la arena, algo que te recuerde a casa. ¿Querrías llevar esto?

Me ofrece la insignia circular de oro que antes le adornaba: el vestido. Aunque no le había prestado mucha atención hasta el momento, veo que es un pajarito en pleno vuelo.

—¿Tu insignia? —le pregunto.

Llevar un símbolo de mi distrito es lo que menos pretendo en estos momentos.

—Toma, te lo pondré en el vestido, ¿vale? —No espera a mi respuesta, se inclina y me lo pone—. Katniss, prométeme que lo llevaras en la arena, ¿vale?

Galletas, una insignia... Hoy me están dando todo tipo de regalos. Madge me da otro más: un beso en la mejilla. Después se va y me quedo pensando que quizá, al fin y al cabo, si fuera mi amiga.

En último lugar aparece Gale y, aunque puede que no haya nada romántico entre nosotros, cuando abre los brazos no dudo en lanzarme a ellos. Su cuerpo me resulta familiar: la forma en que se mueve, el olor a humo del bosque, incluso los latidos de su corazón, que ya había escuchado en los momentos de silencio de la caza. Sin embargo, es la primera vez que de verdad lo siento, delgado y musculoso, junto al mío.

—Escucha —me dice—, no te resultará difícil conseguir un cuchillo, pero tienes que hacerte con un arco. Es tu mejor opción.

—No siempre los tienen —respondo, pensando en el año en que solo había unas horribles mazas con pinchos con las que los tributos tenían que matarse a golpes.

—Pues fábrica uno. Hasta un arco endeble es mejor que no tener arco.

He intentado copiar los arcos de mi padre con malos resultados, porque no es tan fácil. Incluso él tenía que desechar su trabajo algunas veces.

—Ni siquiera sé si habrá madera —digo.

Otro año los soltaron en un paraje en el que solo había cantos rodados, arena y arbustos esqueléticos; para mí fueron uno de los peores juegos. Muchos competidores sufrieron mordeduras de serpientes venenosas o se volvieron locos de sed.

- Casi siempre hay madera desde aquel año en que la mitad murió de frío —me responde Gale—. No resultaba muy entretenido.

Es cierto, nos pasamos unos juegos enteros viendo como los jugadores morían congelados por la noche. Apenas aparecían, porque se

limitaban a hacerse un ovillo y no tenían madera para hogueras, ni antorchas, ni nada. El Capitolio consideró muy decepcionante observar todas aquellas muertes silenciosas y sin sangre, así que, desde entonces, suele haber madera para hacer fuego.

—Si, es verdad.

—Katniss, es como cazar, y eres la mejor cazadora que conozco.

—No es como cazar. Gale, están armados. Y piensan.

—Igual que tu, y tu tienes mas practica, practica de verdad. Sabes como matar.

—Pero no personas.

—¿De verdad hay tanta diferencia? —pregunta Gale, en tono triste.

Lo más horrible es que, si consigo olvidar que son personas, será exactamente igual.

Los agentes de la paz vuelven demasiado pronto y Gale les pide más tiempo, pero se lo llevan y empiezo a asustarme.

—¡No dejes que mueran de hambre! —grito, aferrándome a su mano.

—¡No lo permitiré! ¡Sabes que no lo permitiré! Katniss, recuerda

que te... —dice, y nos separan y cierran la puerta, y nunca sabré qué es lo que quiere que recuerde.

La estación de tren está cerca del Edificio de Justicia, aunque nunca antes había viajado en coche y casi nunca en carro. En la Veta nos desplazamos a pie.

He hecho bien en no llorar, porque la estación está a rebosar de periodistas con cámaras apuntándome a la cara, como insectos. Pero tengo mucha experiencia en no demostrar mis sentimientos, y eso es lo que hago. Me veo de reojo en la pantalla de televisión de la pared, en la que están retransmitiendo mi llegada en directo, y me alegra comprobar que parezco casi aburrida.

Por otro lado, no cabe duda de que Peeta Mellark ha estado llorando y, curiosamente, no intenta esconderlo. Me pregunto al instante si será su estrategia en los juegos: parecer débil y asustado para que los demás crean que no es competencia y después dar la sorpresa luchando. A una chica del Distrito 7, Johanna Mason, le funcionó muy bien hace unos años. Parecía una idiota llorica y cobarde por la que nadie se preocupó hasta que solo quedaba un puñado de concursantes. Al final resultó ser una asesina despiadada; una estrategia muy inteligente, pero extraña para Peeta Mellark, porque es el hijo de un panadero. Siempre ha tenido comida de sobra y bandejas de pan que mover de un lado a otro, por lo que es ancho de espaldas y fuerte. Harán falta muchos lloriqueos para convencer a alguien de que lo pasase por alto.

Tenemos que quedarnos unos minutos en la puerta del tren, mientras las cámaras engullen nuestras imágenes; después nos dejan entrar al vagón y las puertas se cierran piadosamente detrás de nosotros. El tren empieza a moverse de inmediato.

Al principio, la velocidad me deja sin aliento. Obviamente nunca había estado en un tren, ya que está prohibido viajar de un distrito a otro, salvo que se trate de tareas aprobadas por Snow. En nuestro caso se limita básicamente al transporte carbón, aunque no estamos en un tren de mercancías normal sino en uno de los modelos de alta velocidad del Capitolio, que alcanza una media de cuatrocientos kilómetros por hora. Nuestro viaje nos llevará menos de un día.

En el colegio nos dicen que el Capitolio se construyó en un lugar que antes se llamaba las Rocosas. El Distrito 12 estaba en una región conocida como los Apalaches; incluso entonces, hace cientos de años, ya extraían carbón de la zona. Por eso nuestros mineros tienen que trabajar a tanta profundidad.

Por algún motivo, en el colegio todo acaba reduciéndose; carbón. Además de comprensión lectora y matemáticas básicas casi toda la formación tiene que ver con eso, salvo por la clase semanal de historia de Panem. Se trata principalmente de tonterías sobre lo que le debemos al Capitolio, aunque se que tiene que haber mucho más de lo que nos cuentan, una explicación real de lo que pasó durante la rebelión. Sin embargo, no pienso mucho en ello; sea cual sea la verdad, no veo cómo me va a ayudar a poner comida en la mesa.

El tren de los tributos es aún más elegante que la habitación del Edificio de Justicia. Cada uno tenemos nuestro propio alojamiento, compuesto por un dormitorio, un vestidor y un baño privado con agua corriente caliente y fría. En casa no tienen agua caliente, a no ser que la hirvamos.

Hay cajones llenos de ropa bonita, y Effie Trinket me dice

que haga lo que quiera, que me ponga lo que quiera, que todo está a mi disposición. Mi única obligación es estar lista para la cena en una hora. Me quite el vestido azul de mi madre y me doy una ducha caliente, cosa que nunca había hecho antes. Es como estar bajo una lluvia de verano, solo que menos fría. Me pongo una camisa y unos pantalones de color verde oscuro.

En el último segundo me acuerdo de la pequeña insignia de oro de Madge y le echo un buen vistazo por primera vez: es como si alguien hubiese creado un pajarito dorado y después lo hubiese rodeado con un anillo. El pájaro solo está unido al anillo por la punta de las alas. De repente, lo reconozco: es un sinsajo.

Son unos pájaros curiosos, además de una especie de bofetón en la cara para el Capitolio. Durante la rebelión, el Capitolio creó una serie de animales modificados genéticamente y los utilizaron como armas; el término común para denominarlos era mutaciones, o mutos, para abreviar. Uno de ellos era un pájaro especial llamado charlajo que tenía la habilidad de memorizar y repetir conversaciones humanas completas. Eran unas aves mensajeras, todas ellas machos, que se soltaron en las regiones en las que se escondían los enemigos del Capitolio. Los pájaros recogían las palabras y volvían a sus bases para que las grabaran. Los distritos tardaron un tiempo en darse cuenta de lo que pasaba, de como estaban transmitiendo sus conversaciones privadas, pero, cuando lo hicieron, como es natural, los rebeldes lo utilizaron para contarle al Capitolio mites de mentiras, así que el truco se volvió en su contra. Por esa razón cerraron las bases y abandonaron los pájaros para que muriesen en los bosques.

Sin embargo, no murieron, sino que se aparearon con los sin

sontes hembras y crearon una nueva especie que podía replicar los silbidos de los pájaros como las melodías humanas. De perder la capacidad de articular palabras, podían seguir cantando una amplia gama de sonidos vocales humanos, agudo gorjeo de un niño a los tonos graves de un hombre. Además, podían recrear canciones; no solo unas notas, sino canciones enteras de múltiples versos, siempre que tuvieras la paciencia necesaria para cantárselas y siempre que a ellos les gustase. Mi padre sentía un cariño especial por los sinsajos. Cuando íbamos de caza, silbaba o cantaba canciones complicadas y, pues de una educada pausa, ellos siempre las repetían. No trae el mismo respeto a todo el mundo, pero siempre que mi padre cantaba, todos los pájaros de la zona callaban y escuchaban. Lo hacían porque su voz era muy bonita, alta, data y suena de vida que te daban ganas de reír y llorar a la vez. No es capaz de seguir con la costumbre después de su muerte. En cualquier caso, este pajarito tiene algo que me consuela; es como ver una parte de mi padre conmigo, protegiéndome. Me prendo a la camisa y, con la tela verde oscuro de fondo, casi puedo imaginarme al sinsajo volando entre los árboles.

Effie Trinket viene a recogerme para la cena, y la sigo por un estrecho y agitado pasillo hasta llegar a un comedor con pared de madera pulida. Hay una mesa en la que todos los platos son muy frágiles, y Peeta Mellark está sentado esperándonos, y una silla vacía a su lado.

—¿Dónde está Haymitch? —pregunta Effie, en tono ales

—La última vez que lo vi me dijo que iba a echarse una 5ta

—responde Peeta.

—Bueno, ha sido un día agotador—comenta ella, y creo que se siente

aliviada por la ausencia de Haymitch. ¿Quién puede culparla?

La cena sigue su curso: una espesa sopa de zanahorias, ensalada verde, chuletas de cordero y puré de patatas, queso y fruta, y una tanda de chocolate. Effie Trinket se pasa toda la comida recordándonos que tenemos que dejar espacio, porque quedan más cosas, pero yo me atiborro, porque nunca había visto una comida así, tan buena y abundante, y porque probablemente lo mejor que puedo hacer hasta que empiecen los juegos es ganar unos cuantos kilos.

—Por lo menos tenéis buenos modales —dice Effie, mientras terminamos el segundo plato—. La pareja del año pasado se lo comía todo con las manos, como un par de salvajes. Consiguieron revolverme las tripas.

La pareja del año pasado eran dos chicos de la Veta que nunca en su vida habían tenido suficiente para comer. Seguro que, cuando tuvieron toda aquella comida delante, los buenos modales en la mesa fueron la menor de sus preocupaciones. Peeta es hijo de panadero; mi madre nos enseñó a Prim y a mí a comer con educación, así que, si, se manejar el cuchillo y el tenedor, pero me asquea tanto el comentario que me esfuerzo por comerme el resto de la comida con los dedos. Después me limpio las manos en el mantel, lo que hace que Effie apriete los labios con fuerza.

Una vez terminada la comida, tengo que esforzarme por no vomitar y veo que Peeta también está un poco verde. Nuestros estómagos no están acostumbrados a unos alimentos tan lujosos.

Sin embargo, si soy capaz de aguantar el mejunje de carne de res, entrañas de cerdo y corteza de árbol de Sae la Grasieta (especialidad de invierno), estoy dispuesta a aguantar esto.

Vamos a otro compartimento para ver el resumen de las cosechas de todo Panem. Intentan ir celebrándose a lo largo del día, de modo

que alguien pueda verlas todas en directo, aunque solo la gente del Capitolio podría hacerlo, ya que ellos son los únicos que no tienen que ir a las cosechas.

Vemos las demás ceremonias una a una, los nombres, los que se ofrecen voluntarios y los que no, que abundan más. Examinamos las caras de los chicos contra los que competiremos y me quedo con algunas: un chico monstruoso que se apresura a presentarse voluntario en el Distrito 2; una chica de brillante cabello rojo y cara astuta en el Distrito 5; un chico cojo en el Distrito 10; y, lo más inquietante, una chica de doce años en Distrito 11. Tiene piel y ojos oscuros, pero, aparte de eso, me recuerda a Prim tanto en tamaño como en comportamiento. Sin embargo, cuando sube al escenario y piden voluntarios, solo oye el viento que silba entre los decrepitos edificios que la rodean; nadie está dispuesto a ocupar su lugar.

Por último, aparece el Distrito 12: el momento de la elección de Prim y yo corriendo a presentarme voluntaria. Se nota perfectamente la desesperación en mi voz cuando pongo a Prim detrás de mí, como si temiera que no me oyesen y se la llevara sin embargo, está claro que me oyen. Veo a Gale quitándose de encima y a mi misma subiendo al escenario. Los comentaristas no saben bien que decir sobre la actitud del público, su negativa a aplaudir y el saludo silencioso. Uno dice que el Distrito 12 siempre ha estado un poco subdesarrollado, pero que las costumbres locales pueden resultar encantadoras. Como si estuviese ensayado, Haymitch se cae y todos dejan escapar un gruñido cómico. Después sacan el nombre de Peeta y él ocupa su lugar en silencio, nos damos la mano, ponen otra vez el himno y termina el programa.

Effie Trinket está disgustada por el estado de su peluca.

—Vuestro mentor tiene mucho que aprender sobre la presentación y

el comportamiento en la televisión.

—Estaba borracho —responde Peeta, riendo de forma inesperada—. Se emborracha todos los años.

—Todos los días —añado, sin poder reprimir una sonrisita.

Effie hace que parezca como si Haymitch tuviese malos modales que pudieran corregirse con unos cuantos consejos suyos.

—Si, que raro que os parezca tan divertido a los dos. Ya sabéis que vuestro mentor es el contacto con el mundo exterior en estos juegos, el que os aconsejara, os conseguirá patrocinadores y organizará la entrega de cualquier regalo. [Haymitch puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte!

En ese preciso momento, Haymitch entra tambaleándose en el compartimento.

—¿Me he perdido la cena? —pregunta, arrastrando las palabras. Después vomita en la alfombra y se cae encima de la porquería.

—!Seguir viéndolo! —exclama Effie Trinket; acto seguido se levanta de un salto, rodea el charco de vómito subida a sus zapatos puntiagudos y sale de la habitación.

Durante unos instantes, Peeta y yo asimilamos la escena de nuestro mentor intentando levantarse del charco de porquería; resbaladiza que ha soltado su estómago. El hedor a vómito y alcohol puro hace que se me revuelvan las tripas. Nos miramos: está claro que Haymitch no es gran cosa, pero Effie Trinket tiene razón en algo: una vez en la arena, solo lo tendremos a t Como si llegáramos a algún tipo de acuerdo silencioso, Peeta y yo lo cogemos por los brazos y lo ayudamos a levantarse.

—¿He tropezado?—pregunta Haymitch—. Huele mal.

Se limpia la nariz con la mano y se mancha la cara de vomito

—Vamos a llevarte a tu cuarto para limpiarte un poco —dice Peeta.

Lo llevamos de vuelta a su compartimento medio a empujones, medio a rastras. Como no podemos dejarlo sobre la colada, lo metemos en la bañera y encendemos la ducha; apenas se entera.

—No pasa nada —me dice Peeta—. Ya me encargo yo.

No puedo evitar sentirme un poco agradecida, ya que lo que menos me apetece en el mundo es desnudar a Haymitch, limpiarle la porquería del pelo del pecho y meterlo en la cama. Seguramente, mi compañero intentará causar buena impresión, su favorito cuando empiecen los juegos. Sin embargo, a juzgar por el estado en el que está, Haymitch no se acordará de nada mañana.

—Vale, puedo enviar a una de las personas del Capitolio a ayudarte —le digo, porque hay varias en el tren. Cocinan para nosotros, nos sirven y nos vigilan; cuidarnos es su trabajo.

—No, no las quiero.

Asiento y vuelvo a mi cuarto. Entiendo como se siente Peeta, yo tampoco puedo soportar a la gente del Capitolio, pero hacer que se encarguen de Haymitch podría ser una pequeña venganza, así que medito sobre la razón que lo lleva a insistir en ocuparse de él, así, de repente. «Es porque está siendo amable. Igual que cuando me regaló el pan», pienso.

La idea hace que me pare en seco: un Peeta Mellark amable es mucho más peligroso que uno desagradable. La gente amable consigue abrirse paso hasta mí y quedarme dentro, y no puedo dejar que Peeta lo haga, no en el sitio al que vamos. Decido que, desde este momento, debo tener el menor contacto posible con el hijo del panadero.

Cuando llego a mi habitación, el tren se detiene en un andén para repostar. Abro rápidamente la ventana, tiro las galletas que me regaló el padre de Peeta y cierro el cristal de golpe. Se acabó, no quiero nada más de ninguno de los dos.

Por desgracia, el paquete de galletas cae al suelo y se abre sobre un grupo de dientes de Icon que hay junto a las vías. Solo lo veo un instante, porque el tren sale de nuevo, pero me basta con eso; es suficiente para recordar aquel otro diente de Icon que vi en el patio del

colegio hace algunos años...

Justo cuando aparté la mirada del rostro amoratado de Peeta Mellark me encontré con el diente de Icon y que no todo estaba perdido. Lo arranqué con cuidado y me apresure a volver a casa. cogí un cubo y a mi hermana de la mano, y me dirigí a la Pradera; y si, estaba llena de aquellas semillas de cabeza dorada. Después de recogerlas, rebuscamos por el borde interior de la valla a lo largo de un kilómetro y medio, más o menos, hasta que llenamos el cubo de hojas, tallos y flores de diente de león. Aquella noche nos atiborramos de ensalada y el resto del pan de la panadería.

—¿Qué más? —me pregunto Prim—. ¿Qué más comida podemos encontrar?

—De todo tipo —le prometí—. Solo tengo que acordarme.

Mi madre tenía un libro que se había llevado de la botica de sus padres; las hojas estaban hechas de pergamino viejo y tengan dibujos a tinta de plantas, junto a los cuales habían escrito en pulcras letras mayúsculas sus nombres, dónde recogerlas, cuando florecían y sus usos médicos. Sin embargo, mi padre tenía otras entradas al libro, plantas comestibles, no curativas: diente de león, ombus, cebollas silvestres y pinos. Prim y yo nos pasamos el resto de la noche estudiando detenidamente aquellas páginas.

Al día siguiente no teníamos clases. Durante un rato me quedé de pie en el borde de la pradera, pero, finalmente, conseguí reunir el valor necesario para meterme por debajo de la alambrada. Era la primera vez que estaba allí sola, sin las armas de mi padre para protegerme, aunque recupere el pequeño arco y las flechas que había escondido en un árbol hueco. No me adentre ni veil

metros en los bosques y la mayor parte del tiempo la pasó subida a las ramas de un viejo roble, con la esperanza de que se acercara una presa. Después de varias horas, tuve la buena suerte de matar un conejo. Lo había hecho antes, con la ayuda de mi padre; pero era la primera vez que lo hacía sola.

Llevábamos varios meses sin comer carne, así que la imagen del conejo pareció despertar algo dentro de mi madre. Se levantó, despellejó el animal, e hizo un estofado con la carne y parte de las verduras que Prim había recogido. Después se quedó desconcertada y regresó a la cama, pero, una vez listo el estofado, la obligamos a comerse un cuenco.

Los bosques se convirtieron en nuestra salvación, y cada día me adentraba más en sus brazos. A pesar de que al principio fue algo lento, estaba decidida a alimentarnos; robaba huevos de los nidos, pescaba peces con una red, a veces lograba disparar a una ardilla o un conejo para el estofado y recogía las distintas plantas que surgen bajo mis pies. Las plantas son peligrosas; aunque hay muchas comestibles, si das un paso en falso estás muerta. Las comparaba varias veces con los dibujos de mi padre antes de comerlas, y eso nos mantuvo vivas.

Ante cualquier indicio de peligro, ya fuese un aullido lejano o una rama rota de forma inexplicable, salía corriendo hacia la alambrada. Después empecé a arriesgarme a subir a los árboles para escapar de los perros salvajes, que no tardaban en aburrirse y seguían su camino. Los osos y los gatos viven más adentro; quizá no les gusta la peste y el hollín de nuestro distrito.

El 8 de mayo fui al Edificio de Justicia y firmé para pedir mi tesela y me llevó a casa el primer lote de cereales y aceite en el carro de juguete de

Prim. Los días 8 de cada mes tenía el deber de recolectar, a hacer lo mismo, pero, claro, no. No podía dejar de cazar ni recolectar.

El cereal no bastaba para vivir y habrá otras cosas que comprar, jabón, leche e hilo. Lo que no fuese absolutamente necesario consumir, lo llevaba al Quemador. Me daba miedo entrar sin mi padre al lado; sin embargo, la gente lo respetaba y él aceptaba por él. Al fin y al cabo, una presa era una presa, la base quien la derrumbase. También vendía en las puertas de los clientes más ricos de la ciudad, intentando recordar lo que mi padre me había dicho y aprendiendo unos cuantos tn cos nuevos. La carnicera me compraba los conejos, pero no las ardillas; al panadero le gustaban las ardillas, pero sólo las aceptaba si no estaba por allí su mujer; al jefe de los agentes de la paz le encantaba el pavo silvestre y el alcalde sentía pasión por las fresas.

A finales del verano, estaba lavándome en un estanque cuando me fijé en las plantas que me rodeaban: altas con hojas con flechas, y flores con tres pétalos blancos. Me arrodillé en el agua, metí los dedos en el suave lodo y saqué un puñado de raíces. Eran tubérculos pequeños y azulados que no parecían gran, pero que, al hervirlos o asarlos, resultaban tan buenos como patatas.

—Katniss, la saeta de agua —dije en voz alta.

Era la planta por la que me pusieron ese nombre; recoi mi padre decir, en broma: «Mientras puedas encontrarte, y morirás de hambre».

Pasé varias horas agitando el lecho del estanque con dedos de los pies y un palo, recogiendo los tubérculos que van hasta la superficie. Aquella noche nos dimos un banquete de pescado y rakes de saeta hasta que, por primera vez en meses, las tres nos llenamos.

Poco a poco, mi madre volvió con nosotras. Empecé a limpiar, cocinar y poner en conserva para el invierno algunos de los alimentos que llevaba. La gente pagaba en especie o con dinero por sus remedios medicinales y, un día, la ofrecían cantar.

Prim estaba encantada de tenerla de vuelta, mientras que yo seguía observándola, esperando que desapareciera otra vez; no confiaba en ella. Además, un lugar pequeño y retorcido de mi interior la odiaba por su debilidad, por su negligencia, por los meses que nos había hecho pasar. Mi hermana la perdonó y yo me alejé de ella, había levantado un muro para protegerme de necesitarla y nada volvería a ser lo mismo entre nosotras.

Y ahora voy a morir sin haberlo arreglado. Pienso en como le he gritado hoy en el Edificio de Justicia, aunque también le dije que la quería. A lo mejor ambas cosas se compensan.

Me quedo mirando por la ventana del tren un rato, deseando poder abrirla de nuevo, pero sin saber que pasaría si lo hiciera a tanta velocidad. A lo lejos veo las luces de otro distrito. ¿El 7? No lo sé. Pienso en los habitantes dentro de sus casas, preparándose para acostarse. Me imagine mi casa, con las persianas bien cerradas. ¿Qué estarán haciendo mi madre y Prim? ¿Habrán sido capaces de cenar el guiso de pescado y las fresas? ¿O estará todo intacto en los platos? ¿Habrán visto el resumen de los acontecimientos del día en el viejo televisor que tenemos en la mesa pegada a la pared? Seguro que han llorado más. ¿Estará resistiendo mi madre, estará siendo fuerte para Prim? ¿O habrá empezado a

descargar el peso del mundo sobre los hombros de mi hermana?

Sin duda, esta noche dormirán juntas. Me consuela que el viejo zarrapastroso de *Buttercup* se haya colocado en la cama para proteger a Prim. Si, ahora, él se abrirá paso hasta sus brazos y se acurrucó allí hasta que se calme y se quede dormida. Como me alegro de no haberlo ahogado.

Pensar en mi casa me mata de soledad. Ha sido un día interminable. ¿Cómo es posible que Gale y yo estuviéramos recogiendo moras esta misma mañana? Es como si hubiese pasado en otra vida, como un largo sueño que se va deteriorando hasta convertirse en pesadilla. Si consigo dormirme, quizá me despierte en el Distrito 12, el lugar al que pertenezco.

Seguro que hay muchos camisonos en la cómoda, pero me quito la camisa y los pantalones, y me acuesto en ropa interior. Las sábanas son de una tela suave y sedosa, con un edredón grueso y esponjoso que me calienta de inmediato.

Si voy a llorar, será mejor que lo haga ahora; por la mañana podrá arreglar el estropicio que me hagan las lágrimas en la cara; Sin embargo, no lo consigo, estoy demasiado cansada o entumecida para llorar, solo quiero estar en otra parte; así que dejo que el tren me mezcle hasta sumergirme en el olvido.

Está entrando luz gris a través de las cortinas cuando me despertan unos golpecitos. Oigo la voz de Effie Trinket y me llaman para que me levante.

—¡Arriba, arriba, arriba! Va a ser un día muy, muy, muy importante!

Durante un instante intento imaginarme cómo será el

interior de la cabeza de esta mujer. ¿Qué pensamientos tienen las horas en que está despierta? ¿Qué sueños tiene por las noches? No tengo ni idea.

Me vuelvo a poner el traje verde porque no está muy sucio, solo algo arrugado por haberse pasado la noche en el ciclo. Rc- corro con los dedos el círculo que rodea al pequeño sinsajo de oro y pienso en los bosques, en mi padre, y en mi madre y Prim levantándose, teniendo que enfrentarse al día. He dormido sin deshacer las intrincadas trenzas con las que me peino mi madre para la cosecha; como todavía tienen buen aspecto, me dejó el pelo como esta. Da igual: no podemos estar lejos del Capitolio y, cuando llegemos a la ciudad, mi estilista decidirá el aspecto que voy a tener en las ceremonias de inauguración de esta noche. Solo espero que no crea que la desnudez es el último grito en moda.

Cuando entro en el vagón comedor, Effie Trinket se acerca a mí con una taza de café solo; está murmurando obscenidades entre dientes. Haymitch se está riendo disimuladamente, con la cara hinchada y roja de los abusos del día anterior. Peeta tiene un panecillo en la mano y parece algo avergonzado.

—¡Siéntate ! ¡Siéntate! —exclama Haymitch, haciendo señas con la mano.

En cuanto lo hago, me sirven una enorme bandeja de comida: huevos, jamón y montañas de patatas fritas. Hay un frutero metido en hielo, para que la fruta se mantenga fresca, y tengo delante una cesta de panecillos que habrían servido para alimentar a toda mi familia durante una semana. También hay un elegante vaso con zumo de naranja; bueno, creo que es zumo de naranja.

Solo he probado las naranjas una vez, en año Nuevo, que mi padre compró una como regalo especial. Mi madre adora el café, aunque casi nunca podemos permitirnoslo, pero a mí me parece aguado y amargo. Al lado una tarta con algo que nunca había visto antes.

—Lo llaman chocolate caliente —me dice Peeta— qué bueno.

Pruebo un trago del líquido caliente, dulce y cremoso y me recorre un escalofrío. Aunque el resto de la comida me llama, lo hago hasta que termino la taza. Después me atiborrO r todo lo que puedo, procurando no pasarme con los alimentos más grasos. Mi madre me dijo una vez que siempre comía cor: si no fuera a volver a ver la comida, y yo le respondo: «No la veré a ver si no la traigo yo». Eso le cerró la boca.

Cuando siento que el estómago me va a estallar, me echo ganas y observo a mis compañeros de desayuno. Peeta sigue comiendo, troceando los panecillos para mojarlos en el chocolate caliente. Haymitch no le ha prestado mucha atención 2 bandejas, pero está tragando un vaso de zumo rojo que no se debe mezclar con un líquido transparente que saca de un bote A juzgar por el olor, es algún tipo de alcohol. No conozco Haymitch, aunque lo he visto a menudo en el Quemador, dando puñados de dinero sobre el mostrador de la mujer que ve licor bianco. Estará diciendo incoherencias cuando llegemos al Capitolio.

Me doy cuenta de que detesto a este hombre; no es de a nar que los tributos del Distrito 12 no tengan ni una open edad. No es sólo que estemos mal alimentados y nos falte entrenamiento, porque algunos de nuestros participantes eran lo bastante fuertes como para intentarlo, pero rara vez conseguimos patrocinadores, y el tiene gran parte de la culpa. La gente rica que apoya a los tributos (ya sea porque apuesten por ellos o simplemente por tener derecho a presumir de haber escogido al ganador) espera tratar con alguien más elegante que Haymitch.

—Entonces, ¿se supone que nos vas a aconsejar? —le pregunto.

—¿Quieres un consejo? Sigue viva —responde Haymitch, y se echa a refr.

Miro a Peeta antes de recordar que no quiero tener nada que ver con

él, y me sorprende encontrarme con una expresión muy dura, cuando normalmente parece tan afable.

—Muy gracioso —dice. De repente, le pega un bofetón al vaso que Haymitch tiene en la mano, y el cristal se hace añicos en el suelo y desparrama el líquido rojo sangre hacia el fondo del vagón—. Pero no para nosotros.

Haymitch lo piensa un momento y le da un puñetazo a Peeta en la mandíbula, tirándolo de la silla. Cuando se vuelve para coger el alcohol, clavo mi cuchillo en la mesa, entre su mano y la botella; casi le cortó los dedos. Me preparo para rechazar un golpe que no llega; el hombre se echa hacia atrás y nos mira de reojo.

—Bueno, ¿que tenemos aquí? ¿De verdad me han tocado un par de luchadores este año?

Peeta se levanta del suelo y coge un puñado de hielo de debajo del frutero. Empieza a llevárselo a la marca roja de la mandíbula.

-No -lo dice Haymitch-. Deja que salga el moratón. / I a audiciku pensional que te has pecado con otro tributo antes incluso de Llegar a la arena.

Va contra las reglas.

—Solo si te pillan un moretón diría que has luchado y no te has cocido; mucho mejor. —Después se vuelve hacia mí— puedes hacer algo con ese cuchillo, aparte de clavarlo en la mesa?

Mis armas son el arco y la flecha, aunque también he pasado bastante tiempo lanzando cuchillos. A veces, si hiero a un animal con el arco, es mejor clavarle también un cuchillo antes de acercarse. Me doy cuenta de que, si quiero ganarme la atención de Haymitch, este es el momento adecuado para impresionarlo. Arrancó el cuchillo de la mesa, lo cojo por la hoja y lo lanzó a la

pared de enfrente; la verdad es que esperaba clavarlo con fuerza, pero se queda metido en el hueco entre dos paneles de madera, lo que me hace parecer mucho mejor de lo que soy.

—Venid aquí los dos —nos pide Haymitch, señalando con la cabeza al centro de la habitación. Obedecemos, y él da vueltas a nuestro alrededor, tocándonos como si fuésemos animates, comprobando nuestros músculos y examinándose las caras—. Bueno, no está todo perdido. Pareceis en forma y, cuando os cojan los estilistas, seréis bastante atractivos. —Peeta y yo no lo ponemos en duda, porque, aunque los Juegos del Hambre no son un concurso de belleza, los tributos con mejor aspecto siempre parecen conseguir más patrocinadores—. Vale, haré un trato con vosotros: si no interfieren con mi bebida, prometo estar lo suficientemente sobrio para ayudaros, siempre que hagáis todo lo que os diga.

No es un gran trato, pero sí un paso gigantesco con respecto a lo ocurrido hace diez minutos, cuando no teníamos gufa alguna.

—Vale —responde Peeta.

—Pues ayúdanos. Cuando lleguemos a la arena, ¿cuál es la mejor estrategia en la Cornucopia para alguien...?

—Cada cosa a su tiempo. Dentro de unos minutos llegaremos a la estación y estarás en manos de los estilistas. No os va a gustar lo que os hagan, pero, sea lo que sea, no os resistáis.

—Pero... —Empiezo a protestar.

—No hay peros que valgan, no os resistáis —dice Haymitch.

Después coge la botella de la mesa y sale del vagón. Cuando se cierra la puerta, el vagón se queda a oscuras; aunque todavía hay algunas luces dentro, es como si se hiciese de noche en el exterior. Me doy cuenta de que debemos de estar en el túnel que atraviesa las montañas y lleva hasta el Capitolio. Las montañas forman una barrera natural entre la ciudad y los distritos orientales. Es casi imposible entrar por aquí, salvo a través de los túneles. Esta ventaja geográfica fue un factor decisivo para la derrota de los distritos en la guerra que me ha convertido en tributo. Como los rebeldes tenían escalar las montañas, eran blancos fáciles para las fuerzas aéreas del Capitolio.

Peeta Mellark y yo guardamos silencio mientras el tren sigue su camino. El túnel dura y dura, nos separa del cielo, y se me encoge el corazón. Odio estar encerrada en piedra, me recuerda a las minas y a mi padre, atrapado, incapaz de llegar hasta la luz del sol, enterrado para siempre en la oscuridad.

El tren por fin empieza a frenar y una luz brillante inunda el

compartimiento. No podemos evitarlo, los dos salimos corriendo hacia la ventanilla, para ver algo que solo hemos visto en televisión: Capitolio, la ciudad que dirige Panem. Las cámaras mienten sobre su grandeza; si acaso, no logran capturar el resplandor de los edificios resplandecientes, que proyectan un arcoiris de colores en el aire, de los brillantes coches que corren por las amplias calles pavimentadas, de la gente peinada y vestida de forma extraña, con la cara pintada y aspecto de no haberse perdido nunca una comida. todos los colores parecen artificiales: los rosas son demasiados intensos; los verdes demasiado brillantes, y los amarillos dañan los ojos, como los caramelos con formas de disoplanos que nunca podemos permitirnos en la tienda de dulce del distrito 12.

La gente empieza a señalarnos con entusiasmo al reconocer el tren de tributos que entra en la ciudad. Me aparto de la ventanilla, asqueada por su emoción, sabiendo que están deseando vernos morir. Sin embargo, Peeta se mantiene en su sitio e incluso comienza a saludar y sonreír a la multitud, que lo mira con la boca abierta. Solo deja de hacerlo cuando el tren se mete en la estación y nos tapa la vista.

Se da cuenta de que lo miro y se encoge de hombros ¿Quién sabe? Puede que uno de ellos sea rico.

Lo había juzgado mal. Empecé a pensar en sus días desde que comenzó la cosecha: el amistoso apretón de padre regalando galletas y prometiendo cuidar a Primera idea de Peeta. Sus lágrimas en la estación, presentes para lavar a Haymitch y después retarlo esta mañana cubrir que, por lo visto, hacerse el bueno no servía dtn

Y aquí está ahora, saludando por la ventanilla, ganándose al público.

Las pizzas todavía no han encajado del todo, pero siento que se forma un plan, que no ha aceptado su muerte. Ya está luchando por seguir vivo, lo que significa, además, que el bueno de Peeta Mellark, el chico que me dio el pan, está luchando por matarme.

Aprieto los dientes mientras Venía, una mujer de pelo a turquesa y tatuajes dorados sobre las cejas, me arranca una tirilla de la pierna, llevádo con ella el pelo que había debajo.

—¡Lo siento! —canturrea con su estúpido acento del Capitolio --. ¡Es que tienes mucho pelo!

¿Por qué habla esta gente con un tono tan agudo? ¿Por qué apenas abren la boca para hablar? ¿Por qué acaban todas las frases con la misma entonación que se usa para preguntar? Voq extrañas, palabras recortadas y un siseo cada vez que pronuncian la letra ese... Por eso a todo el mundo se le pega su acento, ch Venia intentando demostrar su comprensión.

—Pero tengo buenas noticias: este es el último. ¿Lista?

Me agarro a los bordes de la mesa en la que estoy sentado asiento con la cabeza. Ella arranca de un doloroso tirón la zona de pelo de mi pierna izquierda.

Llevo más de tres horas en el Centro de Renovación y todavía no conozco a mi estilista. Al parecer, no esta interesado verme hasta que Venia y los demás miembros de mi equipo preparación no se hayan ocupado de algunos problemas obv lo que incluye restregarme el cuerpo con una espuma arer

que no solo me ha quitado la suciedad, sino también unas tres capas de piel, dark uniformidad a mis uñas y, sobre todo, librarse de mi vello corporal. Piernas, brazos, torso, axilas y parte de mis cejas se han quedado sin un solo pelo, así que parezco un pájaro desplumado, listo para asar. No me gusta, tengo la piel irritada, me pica y la siento muy vulnerable. Sin embargo, he cumplido mi parte del trato que hicimos con Haymitch y no he puesto ni una objeción.

—Lo estas haciendo muy bien —dice un tipo que se llama Flavius. Agita sus tirabuzones naranjas y me aplica una capa de pintalabios morado—. Si hay algo que no aguantamos es a los lloricas. ¡Embudadnarla!

Venia y Octavia, una mujer regordeta con todo el cuerpo teñido de verde guisante claro, me dan un masaje con una loción que primero pica y después me calma la piel. Acto seguido me levantan de la mesa y me quitan la fina bata que me han permitido vestir de vez en cuando. Me quedo aquí, completamente desnuda, mientras los tres me rodean y utilizan las pinzas para eliminar hasta el último rastro de pelo. Se que debería sentir vergüenza, pero me parecen tan poco humanos que es como si tuviese a un trío de extraños pájaros de colores picoteando el suelo alrededor de mis pies.

Los tres dan un paso atrás y admiran su trabajo.

—¡Excelente!, ¡Ya casi pareces un ser humano! —exclama Flavius, y todos se ríen.

—Gracias —respondo con dulzura, obligándome a sonreír para demostrarles lo agradecida que estoy—. En el Distrito 12 no tenemos muchas razones para arreglarnos.

—Claro que no, pobre criatura! —dice Octavia, juntandome las manos, consternada. Creo que me los he ganado con mi respuesta.

—Pero no te preocupes —añade Venia— ¡Cuando Gint acabe contigo, vas a estar absolutamente divina!

-¡Te lo prometemos! ¿Sabes? Ahora que nos hemos librado de tanto polo y porquería, no sería tan horrible, ni mucho menos! —afirma Flavius, para animar—. Vamos a llamar Cinna!

Salon disparados del cuarto. Los miembros del equipo de preparación son tan bobos que me resulta difícil odiarlos. Sin embargo, curiosamente, sé que son sinceros en su intento por ayudarme.

Miro las paredes y el suelo, todo tan frío y blanco, y resisto del impulso de recuperar la bata. Se que este Cinna, mi estilista: hará que me la quite en cuanto llegue, así que me llevo las manos al cabello, la única zona que mi equipo tenía órdenes de re petar. Me acarició las trenzas de seda que mi madre ha puesto tan bien. Mi madre me ha dejado su vestido azul y sus zapatos en el suelo del vagón, no se me ocurrió recogerlos ni intento aferrarme a algo suyo, de casa. Ahora me arrepiento.

La puerta se abre y entra un joven que debe de ser Cinna. A sorprende lo normal que parece; casi todos los estilistas a los que entrevistan en la tele están tan teñidos, pintados y alterados quirúrgicamente que resultan grotescos, pero Cinna lleva el pelo cc to y, en apariencia, de su color castaño natural. Viste camisa pantalones negros sencillos, y la unica concesion a las

modificaciones de aspecto parece ser un delineador de ojos dorado aplicado con generosidad. Resalta las motas doradas de sus ojos verdes y, a pesar del asco que me producen el Capitolio y sus horrendas modas, no puedo evitar pensar que lo hace muy atractivo.

—Hola, Katniss. Soy Cinna, tu estilista —dice en voz baja, aunque casi sin la afectación típica del Capitolio.

—Hola —respondo, con precaución.

—Dame un momento, ¿vale? —me pide. Camina a mi alrededor y observa mi cuerpo desnudo, sin tocarme, pero tomando nota de cada centímetro. Resisto el impulso de cruzar los brazos sobre el pecho—. ¿Quién te ha peinado?

—Mi madre.

—Es precioso. Mucha clase, la verdad, en un equilibrio casi perfecto con tu perfil. Tiene dedos hábiles.

Esperaba a alguien extravagante, alguien mayor que intentara desesperadamente parecer joven, alguien que me viera como un trozo de carne que había que preparar para una bandeja. Cinna no es nada de eso.

—Eres nuevo, ¿verdad? No creo haberte visto antes —le digo—

La mayoría de los estilistas me resultan familiares, son constantes en el siempre cambiante grupo de los tributos. Algunos llevan en esto toda su vida.

—Sí, es mi primer año en los juegos.

—Así que te han dado el Distrito 12 —comento, porque los recién llegados suelen quedarse con nosotros, el distrito menos deseable.

—Lo pedí expresamente —responde, sin dar más explicaciones—. ¿Por qué no te pones la bata y charlamos un rato?

Me pongo la bata y lo sigo hasta un salón en el que hay dos solas rojos con una mesita baja en medio. Tres paredes están vacías y la cuarta es entera de cristal, de modo que puede verse la ciudad. Por la luz, debe de ser mediodía, aunque el cielo soleado se ha cubierto

de nubes. Cinna me invita a sentarme en uno de los sofás y se sienta enfrente de mí; después pulsa un botón que hay en el lateral de la mesa y la parte de arriba se abre para salir un segundo tablero con nuestra comida: pollo y gajos de naranja cocinados en una salsa de nata sobre un lecho de grano blancos perlados, guisantes y cebollas diminutas, y panecillos en forma de flor; de postre hay un pudín de color miel.

Intento imaginarme preparando esta misma comida en casa. Los pollos son demasiado caros, pero podría apañarse con un pavo silvestre. Necesitaría matar un segundo pavo para cambiarlo por naranjas. La leche de cabra tendría que servir de sustituto de la nata. Podemos cultivar guisantes en el huerto y tendría que conseguir cebollas silvestres en el bosque. No reconozco el cereal, porque nuestras raciones de las teselas se convierten en una fea papilla marrón cuando las cocinas. Para conseguir los panecillos lujosos tendría que hacer otro trueque con el panadero quizás a cambio de dos o tres ardillas. En cuanto al pudín, ni siquiera se me ocurre que llevará dentro. Harían falta varios días de caza y recolección para hacer esta comida y, aun así, no llegaría a la altura de la versión del Capitolio.

Me pregunto cómo será vivir en un mundo en el que la comida aparece con solo presionar un botón. ¿A qué dedicaría las horas que paso recorriendo los bosques en busca de sustento si fuese tan fácil conseguirlo? ¿Que hacen todo el día estos habitantes de Capitolio?, además de decorarse el cuerpo y esperar al siguiente cargamento de tributos para divertirse viéndolos morir?

Levanto la mirada y veo los ojos de Cinna clavados en los míos.

—Esto debe de parecerle despreciable. —¿Me lo ha visto en la cara o, de algún modo, me ha leído el pensamiento? Sin embargo, tiene razón: toda esta gente asquerosa me resulta despreciable—. Da igual —dice Cinna—. Bueno, Katniss, hablemos de tu traje para la ceremonia de

inauguración. Mi compañera, Portia, es la estilista del otro tributo de tu distrito, Peeta, y estamos pensando en vestiros a juego. Como sabes, es costumbre que los trajes reflejan el espíritu de cada distrito.

Se supone que en la ceremonia inaugural tienes que llevar algo referente a la principal industria de tu distrito. Distrito 11, agricultura; Distrito 4, pesca; Distrito 3, fábricas. Eso significa que, al venir del Distrito 12, Peeta y yo llevaremos algún tipo de atuendo minero. Como el ancho mono de los mineros no resulta especialmente atractivo, nuestros tributos suelen acabar con trajes con poca tela y cascos con focos. Un año los sacaron completamente desnudos y cubiertos de polvo negro, como si fuese polvo de carbon. Los trajes siempre son horribles y no ayudan a ganarse el favor del público, así que me prepare para lo peor.

—Entonces, ¿será un disfraz de minero? —pregunto, esperando que no sea indecente.

—No del todo. Veras, Portia y yo creemos que el tema del minero está muy trillado. Nadie se acordará de vosotros si lleváis eso, y los dos pensamos que nuestro trabajo consiste en hacer que los tributos del Distrito 12 sean inolvidables.

“Está claro que me toca desnuda”, pienso.

—Así que, en vez de centrarnos en la minería en sí, vamos a centrarnos en el carbón.

«Desnuda y cubierta de polvo negro», pienso otra vez.

—Y ¿qué se hace con el carbón? Se quema —dice Cinna . No te da miedo el fuego, ¿verdad, Katniss? —Ve mi expresión y sonrío.

Unas cuantas horas después, estoy vestida con lo que puede ser el vestido más sensacional o el más mortífero de la ceremonia de inauguración. Llevo una sencilla malla negra de cuerpo entero que me cubre del cuello a los tobillos, con unas botas de cuero brillante y cordones que me llegan hasta las rodillas. Sin embargo, lo que define el traje es la capa que ondea al viento, con franjas naranjas, amarillas y rojas, y el tocado a juego. Cinna pretende prenderles fuego justo antes de que nuestro carro recorra las calles.

—No es fuego de verdad, por supuesto, solo un fuego sintético que Portia y yo hemos inventado. Estarás completamente a salvo —me asegura, pero no me acaba de convencer; es posible que acabe convertida en barbacoa humana cuando lleguemos al centro de la ciudad.

Apenas llevo maquillaje, solo unos toquecitos de iluminador. Me han cepillado el pelo y me lo han recogido en una sola trenza, que es como suelo llevarlo.

—Quiero que el público te reconozca cuando estés en la arena —dice Cinna en tono soñador—: Katniss, la chica en llamas.

Se me pasa por la cabeza que la conducta tranquila y normal de Cinna puede estar ocultando a un loco de remate.

A pesar de la revelación de esta mañana sobre el carácter de Peeta, me alivia verlo aparecer vestido con un traje idéntico. Como es hijo de panadero y tai, debe de estar acostumbrado al fuego. Su estilista, Portia, y el resto de su equipo lo acompañan, y todos están de los nervios por la sensación que vamos a causar. Todos salvo Cinna, que acepta las

felicitaciones como si estuviera algo cansado.

Nos llevan al nivel inferior del Centro de Renovación, que es, básicamente, un establo gigantesco. La ceremonia inaugural va a empezar y están subiendo a las parejas de tributos en unos carros tirados por grupos de cuatro caballos. Los nuestros son negro carbon, unos animales tan bien entrenados que ni siquiera necesitan un jinete que los guíe. Cinna y Portia nos conducen a nuestro carro y nos arreglan con cuidado la postura del cuerpo y la caída de las capas antes de apartarse para comentar algo entre ellos.

—¿Que piensas? —le susurro a Peeta—. Del fuego, quiero decir.

—Te arrancaré la capa si tú me arrancas la mía —me responde, entre dientes.

—Trato hecho. —Quizá si logramos quitarnos lo bastante deprisa evitemos las peores quemaduras. Lo malo es que nos soltaran en el campo de batalla estemos como estemos—. Se que le prometí a Haymitch que haría todo lo que nos dijeran, pero creo que no tuvo en cuenta este detalle.

—Por cierto, ¿dónde está? ¿No se supone que tiene que protegernos de este tipo de cosas?

—Con todo ese alcohol dentro, no creo que sea buena idea tenerlo cerca cuando ardamos.

De repente, los dos nos echamos a reír. Supongo que estamos nerviosos por los juegos y, más aún, tan aterrados por la posibilidad de acabar convertidos en antorchas humanas, que no actuamos de forma racional.

Empieza la música de apertura. No cuesta oírla, la ponen a todo volumen por las avenidas del Capitolio. Unas puertas correderas enormes se abren a las calles llenas de gente. El desfile dura unos veinte minutos y termina en el Círculo de la Ciudad, donde nos recibirán, tocarán el himno y nos escoltarán hasta el Centro de Entrenamiento, que será nuestro hogar/prisión hasta que empiecen los juegos.

Los tributos del Distrito 1 van en un carro tirado por caballo; blancos como la nieve. Están muy guapos, rociados de pintura plateada y vestidos con elegantes túnicas cubiertas de piedras preciosas; el Distrito 1 fabrica artículos de lujo para el Capitolio, Oímos el rugido del público; siempre son los favoritos.

El Distrito 2 se coloca detrás de ellos. En pocos minutos nos encontramos acercándonos a la puerta y veo que, entre el cielo nublado y que empieza a anochecer, la luz se ha vuelto gris. Los tributos del Distrito 11 acaban de salir cuando Cinna aparece con una antorcha encendida.

—Allá vamos —dice, y, antes de poder reaccionar, prende fuego a nuestras capas. Ahogo un grito, esperando que llegue el calor, pero solo noto un cosquilleo. Cinna se coloca delante de nosotros, prende fuego a los tocados y deja escapar un suspiro de alivio—. Funciona. —Después me levanta la barbilla con cariño—. Recuerda, la cabeza alta. Sonríe. ¡Te van a adorar!

Cinna se baja del carro de un salto y tiene una última idea

Nos grita algo que no oigo por culpa de la música, así que vuelve a gritar y gesticular.

—¿Qué dice? —le pregunto a Peeta. Por primera vez, lo miro y me

doy cuenta de que, iluminado por las llamas falsas, está resplandeciente, y que yo también debo de estarlo.

—Creo que ha dicho que nos cojamos de la mano —responde.

Me coge la mano derecha con su izquierda, y los dos miramos a Cinna para confirmarlo. Él asiente y da su aprobación levantando el pulgar; es lo último que veo antes de entrar en la ciudad.

La alarma inicial de la muchedumbre al vernos aparecer se transforma rápidamente en vectores y gritos del Distrito 12!». Todos se vuelven para mirarnos, apartando su atención de los otros tres carros que tenemos delante. Al principio me quedo helada, pero después nos veo en una enorme pantalla de televisión y nuestro aspecto me deja sin aliento. Con la escasa luz del crepúsculo, el fuego nos ilumina las caras, es como si nuestras capas dejaran un rastro de llamas detrás. Cinna hizo bien al reducir el maquillaje al mínimo: los dos estamos más atractivos y, además, se nos reconoce perfectamente.

«Recuerda, la cabeza alta. Sonríe. ¡Te van a adorar!»

Oigo las palabras del estilista en mi cabeza, así que levanto más la barbilla, esbozo mi mejor sonrisa y saludo con la mano que tengo libre. Me alegra estar agarrada a Peeta para guardar el equilibrio, porque él es fuerte, sólido como una roca. Conforme ganó confianza, llegó a lanzar algún que otro beso a los espectadores; la gente del Capitolio se ha vuelto loca, nos baña en flores, gritan nuestros nombres, nuestros nombres propios, ya que se han molestado en buscarlos en el programa. La música alta y la admiración me corre por venas, y no puedo evitar emocionarme. Cinna me ha dado una gran ventaja, nadie me olvidaría ni mi aspecto, ni mi nombre, Katniss, la chica en llamas.

Por primera vez siento una chispa de esperanza. ¡Tiene que haber algún patrocinador dispuesto a escogerme! Y con un poco de ayuda extra, alguna comida, el arma adecuada... ¿Por qué dar los juegos por perdidos?

Alguien me tira una rosa roja y yo la cojo, la huelo con delicadeza y

lanzó un beso con dirección a quien me la haya tirado. Cientos de manos intentan capturar mi beso, como si fuese real y tangible. —Katniss! Katniss! —Los oigo gritar mi nombre por todas partes. Todos quieren mis besos.

Hasta que entramos al Círculo de la Ciudad no me di cuenta de que debo de haberle cortado la circulación de la mano a Peeta, tan fuerte que la cogió. Miro nuestros dedos hacia lazos y aflojo un poco, pero él me vuelve a coger con fuerza.

—No, no me sueltes —dice, y la luz del fuego se refleja en sus ojos azules—. Por favor, puede que me caiga de esta cosa

—Vale.

Así que seguimos cogidos, aunque no puedo evitar sentirme extraña por la forma en que Cinna nos ha unido. La verdad es que no es justo presentarnos como un equipo y después tirarse en la arena para que nos matemos el uno al otro.

Los doce carros llenan el circuito del Círculo de la Ciudad. Todas las ventanas de los edificios que rodean el círculo están abarrotadas de los ciudadanos más prestigiosos del Capitolio. Nuestros caballos nos llevan justo hasta la mansión del presidente Snow, y allí nos paramos. La música termina con unas notas dramáticas.

El presidente, un hombre bajo y delgado con el cabello blanco como el papel, nos da la bienvenida oficial desde el balcón que tenemos encima. Lo tradicional es enfocar las caras de todos los tributos durante el discurso, pero en la pantalla veo que Peeta y yo salimos de lo que nos corresponde. Conforme oscurece, más difícil es apartar los ojos de nuestro centelleante atuendo. Aunque cuando suena el himno nacional hacen un esfuerzo por enfocar a cada pareja de tributos, la cámara se mantiene fija en el carro del Distrito 12, que recorre el círculo una última vez antes de desaparecer en el Centro de Entrenamiento.

En cuanto se cierran las puertas, nos rodean los equipos de

preparación, que farfullan piropos apenas inteligibles. Miro a mi alrededor y veo que muchos de los otros tributos nos miran con odio, lo que confirma mis sospechas de que los hemos eclipsado a todos, literalmente. Después aparecen Cinna y Portia, que nos ayudan a bajar del carro, y nos quitan con cuidado las capas y los tocados en llamas. Portia los apaga con una especie de bote con atomizador.

De repente me doy cuenta de que sigo pegada a Peeta y me obligo a abrir los dedos, agarrotados. Los dos nos masajeamos las manos.

—Gracias por sostenerme. No me siento muy bien ahí arriba —dice Peeta.

—No lo parera. Te juro que ni me he dado cuenta.

—Seguro que no le han prestado atención a nadie más que a ti. Deberías llevar llamas más a menudo, te sientan bien.

Después me ofrece una sonrisa de una dulzura tan genuina con el toque justo de timidez, que hace que me sienta muy cerca de él.

Sin embargo, una alarma se me enciende en la cabeza: “no seas tan estúpida: Peeta planea matarte—me recuerdo—. Quiere que te confíes para convertirte en una presa fácil. Cuanto más te guste, más mortífero será».

Pero, como yo también sé jugar, me pongo de puntillas y le doy un beso en la mejilla, justo en el moraton.

6

El Centro de Entrenamiento tiene una torre diseñada exclusivamente para los tributos y sus equipos. Este será nuestro hogar hasta que empiecen los juegos. Cada distrito tiene una planta entera, solo hay que subir a un ascensor y pulsar el botón correspondiente al número del tuyo. Fácil de recordar.

He subido un par de veces en el ascensor del Edificio de Justicia del Distrito 12, una para recibir la medalla por la muerte de mi padre, y ayer, para despedirme por última vez de mi familia y amigos. Sin embargo, aquel era una cosa oscura y ruidosa que se movía como un caracol y o a leche agria. Las paredes de este ascensor están hechas de cristal, así que puedes ver a la gente de la planta de abajo convertirse en hormigas conforme sales disparada hacia arriba. Es emocionante y me siento

tentada de preguntarle a Effie Trinket si podemos volver a subir, pero, por algún motivo, creo que sonaría infantil.

Al parecer, las tareas de Effie no concluyen en la estación, sino que Haymitch y ella nos supervisan hasta que llegemos al mismísimo campo de batalla. En cierto modo, es una ventaja, porque, al menos, se puede contar con ella para que nos Heve de un lado a otro a tiempo, mientras que no hemos visto a Haymitch desde que cerramos nuestro tarot en el tren. Seguro que está inconsciente en alguna parte. Por otro lado, es como si Effie estuviese en una nube; es la primera vez que el equipo al que acompaña causa sensación en la ceremonia inaugural. Alaba no solo nuestros trajes, sino también nuestra conducta y, según lo cuenta, ella conoce a todas las personas importantes del Capitolio y ha estado hablando bien de nosotros todo el día, intentando conseguir patrocinadores.

—Pero he sido muy misteriosa —dice, con los ojos cerrados—, porque, claro, Haymitch no se ha molestado en su estrategia. Sin embargo, he hecho todo lo posible lo que tenía: que Katniss se había sacrificado por su hermana y que los dos habéis luchado con éxito por superar la barbarie de nuestro distrito. —¿Barbarie? Es irónico que lo diga una mujer que ayuda a prepararnos para una matanza. ¿Y en qué basa nuestro éxito? ¿En qué sabemos comportarnos en la mesa?—. Por supuesto, todos tienen sus reservas, porque sois del distrito minero. Así que les he dicho, y ha sido muy astuto por mi parte: «Bueno, si se ejerce la suficiente presión sobre el carbono, ¡se convierte en una perla!».

Effie esboza una sonrisa tan resplandeciente que no tengo más remedio que alabar con entusiasmo su astucia, aunque equivoque.

El carbón no se convierte en perla, pues las perlas crecen en el interior de los moluscos. Seguramente quería decir que el carbón se convierte en diamante, aunque tampoco es cierto. He oído que en el Distrito 1 hay una máquina que puede convertir en diamante el grafito, pero nosotros no extraemos grafito.

Eso era parte del trabajo del Distrito 13, hasta que lo destruyeron.

Me pregunto si lo saben las personas con las que nos ha costado promocionar; a lo mejor tampoco les importa.

—Por desgracia, no puedo cerrar tratos con los patrocinadores. Solo lo puede hacer Haymitch —sigue diciendo ella, en tono lúgubre—. Pero no os preocupéis, lo llevaré a las negociaciones a punta de pistola, si es necesario.

Aunque tenga muchos defectos, hay que admirar la determinación de esta mujer.

Mi alojamiento es más grande que nuestra casa en la Veta; es lujoso, como el vagón del tren, y tiene tantos artilugios automáticos que seguro que no me da tiempo a pulsar todos los botones. Solo en la ducha hay un cuadro con más de cien opciones para controlar la temperatura del agua, la presión, los jabones, los champús, los aceites y las esponjas de masaje. Cuando sales, pisas una alfombrilla que se activa para secarte el cuerpo con aire. En vez de luchar con los enredos del pelo húmedo, colocó la mano en una caja que envía una corriente eléctrica a mi cuero cabelludo, de modo que tengo el cabello desenredado, peinado y seco casi al instante. Me cae por la espalda como una cortina lustrosa.

Programó el armario para que elija un traje a mi gusto. Las ventanas amplían y reducen partes de la ciudad, siguiendo mis órdenes. Si susurras el tipo de comida que quieres de un menú gigantesco en una especie de micrófono, la comida aparece calentita en menos de un minuto. Recorro la habitación comiendo hígado de oca y pan esponjoso hasta que Haman a la puerta. Es Effie, para decirme que es la hora de cenar.

Bien, estoy muerta de hambre. Cuando entran al comedor, Peeta, Cinna y Portia están de pie al lado de un balcón desde el que se ve el Capitolio. Me encanta ver a los estilistas, sobre todo después de oír que hay. Mitch se uniría a nosotros. Una comida presidida por

Effie y Haymitch estaba abocada al desastre. Además, en realidad el objetivo de la cena no es comer, sino planear nuestras estrategias, y Cinna y Portia ya han demostrado lo valiosos que son.

Un hombre silencioso vestido con una túnica blanca nos ofrece unas copas de vino. Se me ocurre rechazarlo, pero nunca lo he probado, salvo el fluido casero que utiliza mi madre para tos, y ¿cuándo podré volver a probarlo? Le doy un trago al líquido ácido y seco, y pienso para mis adentros que podría mejorar se con unas cucharaditas de miel.

Haymitch aparece justo cuando están sirviendo la cena. Parece que él también ha pasado por un estilista, porque está limpio, arreglado y más sobrio que nunca, al menos desde que lo conozco. No rechaza el vino, pero, cuando empieza la sopa, me di cuenta de que es la primera vez que lo veo comer. Quizá sea de verdad capaz de controlarse lo bastante para ayudarnos.

Cinna y Portia parecen ejercer un efecto civilizador sobre Haymitch y Effie. Al menos, se dirigen el uno al otro con educación, y los dos elogian sin parar el acto de inauguración de nuestros estilistas. Mientras parlotean, me concentro en la comida: sopa de champiñones, verduras amargas con tomates del tamaño de guisantes, ternera asada cortada en rodajas tan fino como papel, fideos en salsa verde y queso que se derrite en la lengua con uvas negras dulces. Los sirvientes, chicos jóvenes ve

dos con túnicas blancas como la que nos trajo el vino, se mueven sin decir nada de un lado a otro, procurando que los platos y copas estén siempre buenos.

Cuando llevo la mitad del vaso de vino, la cabeza me empieza a dar vueltas, así que me paso al agua. No me gusta esta sensación y espero que pase pronto; es un misterio como Haymitch puede estar así todo el rato.

Intento concentrarme en la conversación, que trata sobre los trajes para las entrevistas, cuando una chica coloca una tarta de aspecto increíble sobre la mesa y la enciende con habilidad. La tarta se ilumina y las llamas parpadean en los bordes durante un rato hasta que por fin se apaga. Tengo un momento de duda.

—¿Que la hace arder? ¿Es alcohol? —pregunto, mirando a la chica—. Es lo último que... ¡Oh! ¡Yo te conozco!

No era capaz de ponerle nombre ni de ubicar el rostro de la chica, pero estoy segura: pelo rojo oscuro, rasgos llamativos, piel de porcelana blanca. Sin embargo, mientras lo digo, noto que las entrañas se me encogen de ansiedad y culpa al verla, y, aunque no puedo acordarme, sé que existe un mal recuerdo asociado con ella. La expresión de terror que le pasa por la cara sólo sirve para confundirme e incomodarme más. Sacude la cabeza para negarlo rápidamente y se aleja a toda prisa de la mesa.

Cuando miro a mis acompañantes, los cuatro adultos me observan como halcones.

—No seas ridícula, Katniss. ¿Cómo vas a conocer a un avox? —me suelta Effie—. Es absurdo.

—¿Qué es un avox? —preguntó, como si fuera estúpida.

—Alguien que ha cometido un delito; les cortan la lengua

para que no puedan hablar —contesta Haymitch—. Seguramente será una traidora. No es probable que la conozcas.

—Y, aunque la conocieras, se supone que no hay que hablar con ellos a no ser que desees darles una orden —dice Effie—. Por supuesto que no la conoces.

Sin embargo, la conozco y, cuando Haymitch pronuncia la palabra traidora, recuerdo que, aunque no puedo admitirlo, porque todos se me echarán encima.

—No, supongo que no, es que... —balbuceo, y el vino no me ayuda.

—Delly Cartwright —salta Peeta, chasqueando los dedos—. Eso es, a mí también me resultaba familiar y no sabía por que. Entonces me he dado cuenta de que es clavada a Delly.

Delly Cartwright es una chica regordeta de cara mustia y pelo amarillento que se parece a nuestra sirvienta tanto como un escarabajo a una mariposa. También es probable que sea la persona más simpática del planeta: sonrío sin parar a todo el mundo en el colegio, incluso a mí. Nunca he visto sonreír a la chica del pelo rojo, pero recojo con gratitud la sugerencia de Peeta.

—Claro, eso era. Debe de ser por el pelo —digo.

—Y también algo en los ojos —añade Peeta.

—Oh, bueno, si es solo eso —dice Cinna, y la mesa vuelve a relajarse—. Y si, la tarta tiene alcohol, aunque ya se ha quemado todo. La pedí especialmente en honor de vuestro fogoso debut.

Nos comimos la tarta y pasamos a un salón para ver la repetición de la ceremonia inaugural que están echando por la tele. Hay otras parejas que causan buena impresión, pero

ninguna

está a nuestra altura. Hasta nuestro equipo deja escapar una exclamación cuando nos ve salir del Centro de Renovación.

—¿De quién fue la idea de cogeros de la mano? —pregunta Haymitch.

—De Cinna —responde Portia.

—El toque justo de rebeldía. Muy bonito.

¿Rebeldía? Me paro a pensarlo un momento y lo entiendo cuando me acuerdo de las otras parejas, distantes y tensas, sin tocarse ni prestarse atención, como si su compañero no existiese, como si los juegos ya hubiesen empezado. Al presentarnos no como adversarios, sino como amigos, hemos destacado tanto como nuestros trajes en llamas.

—Mañana por la mañana es la primera sesión de entrenamiento. Reuníos conmigo para el desayuno y os contare como quiero que os comportéis —nos dice Haymitch a Peeta y a mí—. Ahora id a dormir un poco mientras los mayores hablamos.

Peeta y yo recorremos juntos el pasillo hasta nuestras habitaciones. Cuando llegamos a mi puerta, se apoya en el marco, no para impedir que entre, sino para captar mi atención.

—Conque Delly Cartwright. Que casualidad encontrarnos aquí con su gemela.

Me está pidiendo una explicación y siento la tentación de dársela. Los dos sabemos que me ha encubierto, así que vuelvo a estar en deuda con él. Si le cuento la verdad sobre la chica, quizá estemos en paz. ¿Qué daño puede hacerme? Aunque repita por ahí la historia, no podría hacerme mucho daño, porque solo era algo que vi hace tiempo. Además, él había mentido tanto como yo al decir lo de Delly Cartwright.

Me doy cuenta de que quiero atar a alguien sobre la muchacha, con alguien pueda ayudarme a averiguar su historia.

Gale habrá sido mi primera colección, pero no es probable que vuelva a verla. Intento decidir si contárselo a Peeta le daría alguna ventaja sobre mí, aunque no veo cómo. Quizá compartir una confidencia lo haga creer que lo considero un amigo.

Además, la idea de la chica con la lengua cortada me asusta, me ha recordado por qué estoy aquí. No es para lucir modelitos sorprendentes y comer manjares, sino para morir de forma sangrienta mientras la audiencia anima al asesino.

¿Se lo cuento o no se lo cuento? Todavía tengo el cerebro embotado por culpa del vino, así que miro al pasillo vacío, como si la decisión estuviese allí mismo.

Peeta nota mi vacilación.

—¿Has estado ya en el tejado? —Niego con la cabeza—, Cinna me lo enseñó. Desde allí se ve casi toda la ciudad, aunque el viento hace bastante ruido.

Traduzco su comentario como: «Allí nadie nos oirá hablar. La verdad es que yo también tengo la sensación de estar bajo vigilancia.

—¿Podemos subir sin más?

—Claro, vamos —responde Peeta.

Lo sigo escaleras arriba hasta el tejado. Hay una salita con techo abovedado con una puerta que da al exterior. Cuando salimos al frío aire nocturno, la vista me quita el aliento: el Capitolio brilla como un enorme campo lleno de luciérnagas. La electricidad del Distrito 12 viene y va; lo habitual es que tengamos unas cuantas horas al día.

Es normal que por las noches,

nos iluminemos con velas, y sólo puedes contar con ella cuando televisan los juegos o algún mensaje importante del Gobierno, que hemos de ver por obligación. Sin embargo, aquí no tienen escasez nunca.

Peeta y yo caminamos hasta el borde del tejado, y yo inclino la cabeza para observar la calle, que está llena de gente. Se oyen los coches,

algún grito de vez en cuando y un extraño tintineo metálico. En el Distrito 12 estaríamos ya todos pensando en acostarnos.

—Le pregunté a Cinna por que nos dejaban subir, si no les preocupaba que algunos tributos decidieron saltar por el borde —me dice Peeta.

—¿Y qué te respondió?

—Que no se puede. —Alarga la mano hacia el borde, que parece vacío; se oye un chasquido y la aparta muy deprisa—. Es algún tipo de campo eléctrico que te empuja hacia el tejado.

—Siempre preocupados por nuestra seguridad —digo. Aunque Cinna le haya enseñado a Peeta el tejado, me pregunto si podemos estar aquí a estas horas, solos. Nunca he visto a los tributos en el tejado del Centro de Entrenamiento, pero eso no quiere decir que no nos estén grabando—. ¿Crees que nos observan?

—Quizá. Ven a ver el jardín.

Al otro lado de la cúpula han construido un jardín con lechos de flores y macetas con árboles. De las ramas cuelgan cientos de carillones, que son los culpables del tintineo. Aquí, en el jardín, en esta noche de viento, bastan para ahogar la conversación de dos personas que no quieren ser oídas. Peeta me mira con expectación y yo finjo que examinó una flor.

-Un día estábamos cazando en el bosque, escondidos, esperando que apareciese una presa y susurro.

—¿Tu padre y tú?

—No, con mi amigo Gale. De repente, todos los pájaros dejaron de cantar a la vez, todos salvo uno, que parecía estar cantando una advertencia. Entonces la vimos. Estoy segura de que era la misma chica. Un chico iba con ella, y los dos llevaban la ropa hecha jirones. Tenían ojeras por la falta de sueño y corrían como si sus vidas dependieran de ello.

Durante un instante guardó silencio, mientras recuerdo cómo nos paralizó la imagen de aquella extraña pareja, obviamente de fuera del Distrito 12, huyendo a través del bosque. Más tarde nos preguntamos si los podríamos haber ayudado a escapar, y quizá sí, quizá hubiésemos podido esconderlos de habernos dado prisa. Nos pillaron por sorpresa, sí, pero éramos cazadores, sabíamos cómo se comportan los animales en peligro; supimos que la pareja tenía problemas en cuanto la vimos, y nos limitamos a mirar.

—El aerodeslizador surge de la nada —sigo contándole a Peeta—. Es decir, el cielo estaba vacío y, un instante después, ya no lo estaba. No hacía ningún ruido, pero ellos lo vieron. Sonaron una red sobre la chica y la subieron a toda prisa, tan deprisa como el ascensor. Al chico lo atravesaron con una especie de lanza atada a un cable y lo subieron también. Estoy segura de que estaba muerto. Oímos a la chica gritar una vez, creo que el nombre del chico. Después desapareció el aerodeslizador, se esfumó en el aire, y los pájaros volvieron a cantar, como si no hubiese pasado nada.

—¿Te vieron?

—No lo sé, estábamos bajo un saliente rocoso —respondo, aunque sí lo sé: hubo un momento, después de la advertencia del pájaro pero antes de que llegase el aerodeslizador, en que la chica nos vió. Me miró a los ojos y me pidió ayuda, y Gale y yo no respondimos.

—Estás temblando —dice Peeta.

El viento y la historia me han robado el calor del cuerpo. El grito de la chica... ¿habría sido el último?

Peeta se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros. Empiezo a retroceder, pero al final lo dejo, decidiendo por un segundo aceptar tanto su chaqueta como su amabilidad. Una amiga haría eso, ¿verdad?

—¿Eran de aquí? —pregunta, mientras me abrocha un botón del

cuello. Asiento. Los dos tenían el aire del Capitolio, tanto el chico como la chica—. ¿A dónde crees que iban?

—Eso no lo sé—respondo. El Distrito 12 es el final de la línea, más allá solo hay territorio salvaje. Sin contar las ruinas del Distrito 13, que todavía arden por culpa de las bombas tóxicas. De vez en cuando las sacan por televisión para que no olvidemos—. Ni tampoco por qué se irían de aquí.

Haymitch ha dicho que los avox son traidores pero, ¿traidores a qué? Solo pueden ser traidores al Capitolio, pero aquí tenían de todo. No había razón para rebelarse.

—Yo me iría—suelta Peeta. Después mira a su alrededor, nervioso, porque lo había dicho lo bastante alto para que lo oyeran, a pesar de los carillones—. Me iría a casa ahora mismo, si me dejaran, aunque hay que reconocer que la comida es estupenda.

Me ha vuelto a cubrir: si alguien lo escuchase, no que las palabras de tin tribute asustado, no de alguien dándole vueltas a la incuestionable bondad del Capitolio.

—Hace frío, será mejor que nos vayamos —dice. Dentro de la cúpula está calentito y hay luz. Sigue hablando en tono inusual—. Tu amigo, Gale el que se llevó a tu hermana en la cosecha?

—Sí, ¿lo conoces?

—La verdad es que no, aunque oigo mucho a las chicas hablar de él. Creía que era tu primo o algo así, porque os parecéis.

—No, no somos parientes.

—¿Fue a decirte adiós ? —me pregunta, después de asentir con la cabeza, hermético.

—SI —respondo, observando con atención—, y también tu padre. Me llevo galletas.

Peeta levanta las cejas, como si no lo supiese, pero, después de verlo mentir con tanta facilidad, no le doy

mucha importancia.

—¿En serio? Bueno, tu hermana y tú le caéis bien. Creo que te habría gustado tener una hija, en vez de una casa llena chicos. —La idea de que hayan hablado de mí durante la comida, junto al fuego de la panadería o de pasada en la casa de Peeta hace que me sobresalte. Seguramente sería cuando su madre no estaba en el cuarto—. Conocía a tu madre cuando eran pequeños.

Otra sorpresa, aunque probablemente cierta.

—Ah, si, ella creció en la ciudad —respondo, porque no parece adecuado decir que nunca ha mencionado al panadero

salvo para elogiar su pan. Hemos llegado a mi puerta, así que le devuelvo la chaqueta—. Nos vemos por la mañana.

—Hasta mañana —responde, y se aleja por el pasillo.

Cuando abro la puerta, la chica del pelo rojo está recogiendo mi malla de cuerpo entero y las botas del suelo, donde yo las había dejado antes de la ducha. Quiero disculparme por si la había metido en Kos antes, hasta que recuerdo que no debo hablar con ella, a no ser que tenga que darle una orden.

—Oh, lo siento —digo—. Se suponía que tenía que devolverlo a Cinna. Lo siento. ¿Se lo puedes llevar?

Ella evita mirarme a los ojos, asiente brevemente y se va.

Estoy a punto de decirle que siento mucho lo de la cena, pero se que mis disculpas son más profundas, que estoy avergonzada por no haber intentado ayudarla en el bosque, por dejar que el Capitolio matase al chico y la mutilase a ella sin mover ni un dedo para evitarlo.

Como si hubiese estado viendo los juegos por la tele.

Me quito los zapatos y me meto bajo las sábanas sin quitarme la ropa. No he dejado de temblar. Quizá la chica no se acuerde de mí, aunque sé que me engañó, no se te olvida la cara de la persona que era tu última esperanza. Me tapo la cabeza, como si eso me protegiese de la muchacha pelirroja que no puede hablar. Sin embargo, puedo sentir sus ojos clavados en mí, atravesando muros, puertas y ropa de cama.

Me pregunto si disfrutará viéndome morir.

Mi noche se llena de sueños inquietantes. La cara de la chica pelirroja se entremezcla con imágenes sangrientas de los anteriores Juegos del Hambre, con mi madre retraída e inalcanzable, y con Prim escuálida y aterrorizada. Me despierto gritándole a mi padre que corra, justo antes de que la mina estalle en un millón de mortíferas chispas de luz.

El alba empieza a entrar por las ventanas, y el Capitolio tiene un aire brumoso y encantado. Me duele la cabeza y me parece que me he mordido el interior de la mejilla por la noche; lo compruebo con la lengua y noto el sabor a sangre.

Salgo de la cama poco a poco y me meto en la ducha, donde pulso botones al azar en el panel de control y terminó dando saltitos para soportar los chorros alternos de agua helada y agt abrasadora que me atacan. Después, me cae una avalancha de espuma con olor a limón que al final tengo que rascarme del cuerpo con un cepillo de cerdas duras. En fin, al menos he puesto la circulación en marcha.

Después de secarme e hidratarme con crema, encuentro un traje que me han dejado delante del armario: pantalones negros ajustados, una túnica de manga larga color burdeos y zapatos de cuero. Me recojo el pelo en una trenza. Es la primera vez, desde la mañana de la cosecha, que me parezco a mí misma: nada de peinados y ropa elegantes, nada de capas en llamas, solo yo, con el aspecto que tendría si fuera al bosque. Eso me calma.

Haymitch no nos había dado una hora exacta para desayunar y nadie me había llamado, pero tengo tanta hambre que me dirijo al comedor esperando encontrar comida. Lo que encuentro no me decepciona: aunque la mesa principal está vacía, en una larga mesa de un lateral hay al menos veinte platos. Un joven, un avox, espera instrucciones junto al banquete. Cuando le pregunto si puedo servirme yo misma, asiente. Me preparo un plato con huevos, salchichas, pasteles cubiertos de confitura de naranja y rodajas de melón morado claro. Mientras me atiborro, observo la salida del sol sobre el Capitolio. Me sirvo un segundo plato de cereales calientes cubiertos de estofado de ternera. Finalmente, cojo uno de los platos con panecillos y me siento en la mesa, donde me dedico a cortarlos en trocitos y mojarlos en el chocolate caliente, como había hecho Peeta en el tren.

Empiezo a pensar en mi madre y Prim; ya estarán levantadas. Mi madre preparará el desayuno de gachas y Prim ordenará su cabra antes de irse al colegio. Hace tan solo dos mañanas, yo estaba en casa. ¿Dos? Sí, solo dos. Ahora la casa me parece vacía, incluso desde tan lejos. ¿Qué dijeron anoche sobre mi fogoso debut en los juegos? ¿Les dió esperanzas o se asustaron más al ver la realidad de aquellos veinticuatro tributos juntos, sabiendo que solo uno podría sobrevivir?

Haymitch y Peeta entran en el comedor y me dan los buenos días, para después pasar a llenarse los platos. Me irrita que Peeta

lleve exactamente la misma ropa que yo; tengo que comentarle algo a Cinna, porque este juego de los gemelos nos va a estallar en la cara cuando empiece la competición; seguro que lo saben. Entonces recuerdo que Haymitch me dijo que hiciera todo lo que me ordenaron los estilistas. De haber sido otra persona y no Cinna, había sentido la tentación de no hacerle caso, pero después del triunfo de anoche no tengo mucho que criticar.

El entrenamiento me pone nerviosa. Hay tres días para que todos los tributos se practiquen juntos. La última tarde tendremos la oportunidad de actuar en privado delante de los Vigilantes de los juegos. La idea de encontrarme cara a cara con los demás tributos me revuelve las tripas; empiezo a darle vueltas al panecillo que acabo de coger de la cesta, pero se me ha quitado el apetito.

Después de comerse varios platos de estofado, Haymitch suspira, satisfecho, saca una petaca del bolsillo, le da un buen trago y apoya los codos en la mesa.

—Bueno, vayamos al asunto: el entrenamiento. En primer lugar, si queréis, podéis entrenaros por separado. Decididlo ahora.

—¿Por qué íbamos a querer hacerlo por separado? —pregunto.

—Supón que tienes una habilidad secreta que no quieres que conozcan los demás.

—No tengo ninguna —dice Peeta, en respuesta a mi mirada—. Y ya sé cual es la tuya, ¿no? Me he comido más de una de tus ardillas.

No se me había ocurrido que Peeta probase las ardillas que cazaba; siempre me había imaginado que el panadero las freía.